PIERRE DECOURCELLE

LA BELLA CLEOPATRA

COMEDIA DE AVENTURAS EN CINCO ACTOS

ADAPTACIÓN CASTELLANA

DE

RICARDO ESTRADA ESTRADA

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166

LA BELLA CLEOPATRA

PRINTED IN SPAIN

LA BELLA CLEOPATRA

(La Môme aux beaux yeux)

COMEDIA DE AVENTURAS EN CINCO ACTOS

ORIGINAL DE

PIERRE DECOURCELLE

ADAPTACIÓN CASTELLANA

DE

RICARDO ESTRADA ESTRADA

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166

PERSONAJES

	Años 1.ª PARTE	2.ª
La bella Cleopatra	23	—
Magdalena Rivesaltes	21	39
Eugenia Nerville, madre de Jorge Nerville	60	78
Alicia, hija de Darbelles y Magdalena	—	17
Florentina	25	—
Emiliana	19	37
Teresa	25	—
Jenny	—	25
Jorge Nerville	32	50
Raimundo Darbelles	32	50
Jacques Roquevaire	32	50
Ciboulot	45	63
Bernardo Nerville, hijo de Nerville y Magdalena	—	22
Víctor Fermont	32	50
Julián Fermont, hijo de Fermont y Cleopatra	—	24
Herzelius	60	—
Julot	30	—
Robiche	—	50
Bautista	60	—
Justino	25	—

Notas.—En la primera parte, saldrán dos niños que representan a Bernardo Nerville y a Julián Fermont, respectivamente a los 4 y 6 años.

La primera actriz, interpretará las partes de Cleopatra y Magdalena.

Los nombres franceses, están escritos en el diálogo, tal y como deben pronunciarse.

Derecha e izquierda, las del actor.

TITULOS DE LOS CUADROS

PRIMERA PARTE

INVIERNO DE 1908

1.º *Una buena acción.*
2.º *La noche siniestra.*
3.º *Locura de amor.*
4.º *A través de una ventana.*

SEGUNDA PARTE

VERANO DE 1926

5.º *Los años pasan...*
6.º *El reconocimiento.*
7.º *Un alma noble.*

PRIMERA PARTE

ACTO PRIMERO

CUADRO 1.º

Una buena acción

Despacho de Nerville en su hotel de la calle de Aumale. Puerta de entrada a la derecha segundo término. Puerta al fondo que comunica con el jardín; otra puerta a la izquierda. Pieza confortable y de elegante mobiliario. Mesa ministro a la izquierda y sillones a la derecha. Es la caída de la tarde. Lámpara grande en el techo y otra pequeña en la mesa apagadas, las dos eléctricas.

ESCENA PRIMERA

NERVILLE y HERZELIUS

(Sentados junto a la mesa; el primero a la derecha.)

NERVILLE En suma, ¿nuestro balance...?

HERZ. Aquí lo tiene usted en dos líneas: ac-

tivo, un millón ochocientos ochenta y ocho mil seiscientos cincuenta y un francos, con veinticinco céntimos. Pasivo, un millón setecientos cincuenta y ocho mil novecientos sesenta francos, con quince céntimos.

NERVILLE (*Con suspiro de satisfacción.*) ¡Vamos! Por lo menos podremos pagar hasta el último céntimo.

HERZ. Como siempre lo hizo hasta aquí la casa «Jorge Nervil».

NERVILLE Sí, amigo mío. En los seis años que hace que sucedí a Rivesaltes, nuestro antiguo dueño, marché viento en popa... ¡Todo me salía bien...! Han bastado tres horas..., una sola sesión de Bolsa, para que se hunda todo.

HERZ. Todos los hombres de negocios se acordarán de la jornada del diez y nueve de Enero de mil novecientos ocho. Por fortuna es usted valiente para la adversidad. Con la experiencia aprendida en el naufragio y lo de él salvado, puede usted empezar de nuevo y aun llegar a hacer fortuna, a ser rico.

NERVILLE No puedo esperar... Eso sería cuestión de diez..., quince años. Tengo mujer e hijo... ¡No puede ser!

HERZ. Entonces...

NERVILLE Me voy... Aquí está el pasaje que he tomado a bordo del «Provenza». Hace quince días que mi amigo de la infancia, Girardó, me escribió de Klondik, el país del oro, en el que va a repetirse según creo, el milagro de California. Desea un asociado enérgico, trabajador y que po-

sea cincuenta mil francos... Ya le ha encontrado. Iré yo.

HERZ. ¡Ah! ¿Por eso me ordenó usted que mandase a Monfort-l'Amory, una carta para su madre...?

NERVILLE Precisamente. La he suplicado en vista de que por la premura del tiempo no puedo ir yo, que venga a despedirme... La pobre tiene sesenta años... ¡Quién sabe si no la veré más!

HERZ. Confíe usted en Dios. Ya sé que aquí en París no es moda creer en Dios, pero yo soy suizo y espero en El. Volverá usted.

NERVILLE Así sea. Ahora hablaremos de ti. Te he recomendado con todo interés a Verjó, el agente de cambio, que busca un cajero.

HERZ. Es usted muy bueno para mí. Pero hace ya cuarenta y cinco años que trabajo..., es hora de descansar. En cuanto termine la liquidación de sus negocios, iré a mi pueblo... No podré alternar con bailarinas, ni tener coche, como hace nuestro amigo Rivesaltes, pero reemplazaré ambas cosas por una buena pipa y me distraeré mirando al sol cuando se oculta tras las montañas de nieve... Si además de esto tengo de usted buenas noticias, no echaré de menos ni el Bulevard ni la Plaza de la Bolsa, que decididamente son terreno demasiado escurridizo.

NERVILLE ¡Gracias, amigo mío, gracias...! Ya están aquí mi mujer y mi hijo..., he oído el coche... Por Dios, no cometas ninguna indiscreción... Magdalena aún no sabe nada...

HERZ. ¡Diablo! ¡Diablo...! ¡Discreción! Eso sí... Lo peor será que me pregunte, porque yo no sirvo para mentir a las mujeres... Si fuera a los hombres..., a los hombres tampoco.

ESCENA II

Dichos, MAGDALENA, BERNARDITO, por lateral derecha

MAGDA. *(Traje de calle y sombrero.)* Ya estamos de vuelta.

BERN. Buenos días, papaíto.

NERVILLE *(Abrazándole.)* Buenos días, hijo mío.

MAGDA. Había una de gente en casa de la modista..., creo que nunca han hecho las mujeres tantas locuras por los trajes como este año. *(Se quita el sombrero.)*

NERVILLE ¿Y te has dejado contagiar?

MAGDA. ¡Como tú ganas tanto dinero...! Algo hay que gastar..., si no seríamos demasiados ricos... Además ¿no eres tú el primero que desea verme elegante? Dame un beso.

NERVILLE ¿No serían mejor dos... si Herzelius lo permite?

HERZ. Ya saben ustedes que siempre tengo los ojos bajos. *(Está trabàjando.)* Yo no veo nada.

MAGDA. ¡Oh! Dispense usted, querido Herzelius. No sabía que estaba usted aquí. Por otra parte, usted es casi de la familia.

NERVILLE Pero el pobre Bernardo se habrá aburrido toda la mañana viéndote escoger trajes y adornos.

BERN. Pero mamá en premio, me ha llevado a la pastelería. ¡Oh, papá, qué pasteles! Aún me estoy chupando los dedos al acordarme.

NERVILLE Y no me has traído ninguno.

BERN. Ya que eres tan goloso, lo mejor será que me lleves allí mañana y comas lo que quieras y... me convides.

NERVILLE El caso es que mañana no estaré aquí.

MAGDA. ¿Y cómo es eso?

NERVILLE Sí... He de comunicarte una noticia desagradable. Tengo necesidad de partir para el Havre esta misma noche.

MAGDA. ¿Esta noche? Pero tú no me has hablado de ese viaje hasta ahora.

NERVILLE El telegrama que me obliga a ir allí, llegó hace un momento. ¿No es así, querido Herzelius?

HERZ. *(Turbado.)* ¡Catorce y siete veinticinco! Uno..., sí, sí... Eso es...

MAGDA. Esta tarde en casa de la modista me han preguntado muchas señoras si habías perdido algo en los últimos desastres de Bolsa. Yo no sabía qué responder. No obstante, hace varios días que te encuentro preocupado.

NERVILLE En los momentos críticos siempre se está así.

MAGDA. ¿De modo que lo ocurrido no te preocupa?

NERVILLE Nada absolutamente. La tempestad pasó sin echarme a pique. ¿No es así, Herzelius?

HERZ. ¡Oh, yo...! Ya sabe usted que soy suizo... Así, que si usted no me necesita, me voy... Mañana es la liquidación y tengo mucho que trabajar.

NERVILLE Al marcharte, vé por el jardín, al hotel de al lado y recuerda al doctor Darbel que me ha prometido venir al terminar su consulta.

HERZ. Ahora mismo voy. Buenas noches. A los pies de usted, señora. *(Saliendo por el fondo izquierda.)* Esto de mentir no es para mi carácter, no señor. *(Mutis foro izquierda.)*

ESCENA III

MAGDALENA, BERNARDITO y NERVILLE

MAGDA. ¿Y cuánto tiempo piensas estar ausente?

NERVILLE Te confieso que no lo sé con exactitud.

BERN. Bien, papá; pero ya sabes que el domingo has de estar aquí de precisión.

NERVILLE ¿El domingo? ¿Para qué?

BERN. ¿No te acuerdas de que me prometiste llevarme al circo?

NERVILLE Si por acaso no hubiese vuelto, puedes ir con tu mamá y tu padrino el Dr. Darbel.

MAGDA. ¿De modo que no sabes, ni aun aproximadamente, cuándo terminarán tus negocios?

NERVILLE ¡Depende de tantas cosas!

MAGDA. Decididamente, me inquietan tus palabras... Empiezo a sospechar que algo grave te ocurre y que me lo ocultas.

NERVILLE Sí; claro es que estoy pasando por unos momentos difíciles, como todos los banqueros de París..., pero espero vencerlos,

con una sola condición: la de conservar mi presencia de ánimo... Y no me será posible tenerla, si no te veo, no digo valiente, sino al menos razonable.

MAGDA. No dejarás de reconocer, a pesar de todo, que es esta la vez primera que te vas sin fijar la fecha de tu regreso.

ESCENA IV

Dichos y DARBELLES por el foro izquierda

BERN. *(Yendo a él.)* ¡Buenos días, padrino!

DARBE. Buenos días, Bernardito. *(Le besa.)* ¿Pero qué les pasa a ustedes? ¿Por qué ese aire contrariado?

MAGDA. Jorge acaba de decirme que se va y no sabe cuándo podrá volver.

NERVILLE Raimundo, usted que tiene algún ascendiente con mi mujer, hágala comprender que todos los negocios tienen sus contingencias.

DARBE. Su marido tiene razón, querida Magdalena. No sería yo ni su médico ni su amigo de la infancia, si no me hubiese dado cuenta de la excesiva sensibilidad de sus nervios. Por otra parte, nada veo en esa marcha que pueda alarmarla.

MAGDA. Tiene usted razón..., pero siento algo indefinido e involuntario, una inquietud remota..., inexplicable. No me hagas caso... Jorge. Voy a dar órdenes a Justino para que te prepare la maleta. Ven, hijo mío. *(Vanse lateral izquierda.)*

ESCENA V

NERVILLE y DARBELLES

NERVILLE Ya habrá usted comprendido, querido Raimundo, que si le he distraído de sus trabajos es por alguna razón de suma gravedad.

DARBE. ¿No se equivoca entonces Magdalena?

NERVILLE No. Darbel..., estoy arruinado.

DARBE. ¿Es posible?

NERVILLE Hace dos días que lucho en vano... Mi fortuna hoy se ha perdido definitivamente en la Bolsa.

DARBE. ¿Todo lo ha perdido usted?

NERVILLE Todo... *(Casi en broma.)* menos el honor... He podido pagar íntegramente cuanto debía. Esta noche parto para el Havre..., mañana estaré en alta mar y dentro de seis semanas en Klondik, en donde voy a procurar rehacer mi fortuna con el auxilio de un amigo verdadero.

DARBE. ¿Y Magdalena?

NERVILLE Magdalena y Bernardito quedarán en París. Ya podrá usted comprender que sería una locura exponerlos a una vida aventurera, cual va a ser la mía.

DARBE. ¡Más que aventurera, Nervil, peligrosa!

NERVILLE Lo sé.

DARBE. Ante todo, quiero hacerle a usted una pregunta: ¿Puedo yo proporcionarle algún medio que evite esa partida?

NERVILLE No, Darbel, gracias.

DARBE. Pero ¿por qué esa partida tan precipitada?

NERVILLE Porque el tiempo es oro y yo tengo que aprovecharlo mucho para ganar de nuevo a mi mujer y a mi hijo la fortuna que he perdido.

DARBE. ¿Y no podría usted recuperarla en París?

NERVILLE No conoce usted los negocios, querido doctor... Los vencidos se levantan aquí difícilmente...

DARBE. Reflexione usted, Nervil; con esa partida, causará usted un grave disgusto a Magdalena.

NERVILLE ¡Quién sabe! *(Tristemente.)*

DARBE. ¿Puede usted dudarlo?

NERVILLE Darbel, déjeme usted abrirle mi corazón y mostrarle por entero mis pesares. Aunque usted no asistió a nuestro matrimonio, no ignora las circunstancias en que se efectuó... Estaba usted entonces en el Indostán, estudiando la peste que asolaba el país... Si hubiese usted estado aquí, tal vez Magdalena le hubiese confiado sus sentimientos.

DARBE. Esos sentimientos responderían a los de usted.

NERVILLE No me hago ilusiones: Magdalena cuando se casó conmigo, no me amaba.

DARBE. ¿Es posible?

NERVILLE El agradecimiento hacia mí por haber salvado a ella y a su madre de la miseria, a la muerte del señor Rivesaltes y el ver la sinceridad de mi amor, fueron las razones que la impulsaron y la decidieron.

DARBE. Creo que está usted en un error y...

NERVILLE *(Con firmeza.)* Magdalena no me ama...,

se aburre... Durante largos ratos se encierra; llora, no quiere ver a nadie... Si supiese usted, Darbel, los pensamientos que a veces me han cruzado por la imaginación... He llegado a preguntarme con suprema angustia, si tal vez ella ama a otro...

DARBE. *(Con ímpetu.)* ¡Calumnia usted a su mujer, Nervil...! ¿A quién iba a amar?

NERVILLE Tiene usted razón... Magdalena es una mujer digna y una madre irreprochable, que nunca descenderá a la bajeza del adulterio.

DARBE. *(Con calurosa espontaneidad.)* Nervil, no se vaya usted... ¿Qué cantidad le es a usted precisa para rehacerse? Mi fortuna entera está a su disposición.

NERVILLE Gracias, muchas gracias, Darbel, pero estoy resuelto a no aceptar nada de nadie... y menos de usted.

DARBE. ¿Por qué causa? *(Inquieto.)*

NERVILLE Ese Instituto Científico fundado por usted, le absorbe fortuna y tiempo. Sería infame distraer un solo céntimo de una obra tan admirable. Además: si he de volver a ser rico, quiero deberlo todo a mí mismo.

DARBE. Entonces, si su resolución es irrevocable, dígame usted lo que quiere de mí.

NERVILLE Cuando yo haya partido..., cuando sea imposible seguirme, dirá usted a Magdalena toda la verdad. Si yo le hablase, tal vez me ablandarían sus lágrimas... y no puede ser... En mi desastre he podido salvar ciento veinte mil francos. Le dejo la mitad para que espere mi vuelta, y si no vuelvo, para que pueda

esperar a que mi hijo sea un hombre y me reemplace.

DARBE. Cuente usted conmigo. *(Se estrechan las manos con efusión.)*

NERVILLE Gracias.

ESCENA VI

Dichos y JUSTINO por la derecha. Luego, CLEOPATRA

JUSTINO Señor.

NERVILLE ¿Qué hay?

JUSTINO Una señora pregunta por usted y dice que el señor la ha citado hoy aquí.

NERVILLE ¿Dijo su nombre?

JUSTINO La señorita Cleopatra Obré.

NERVILLE Ah, sí... Dentro de un instante, llamaré. Hágala usted pasar entonces.

DARBE. Le dejo a usted. *(Vase Justino por la derecha.)*

NERVILLE Un momento. Desearía que viera usted a la joven que va a entrar.

DARBE. *(Sorprendido.)* ¿Yo? ¿Por qué razón?

NERVILLE Ya recordará usted que anteayer estuve con mi mujer en Foli-Bergé. En un entreacto, salí del palco para comprarle flores. En el corredor me encontré frente a frente a una mujer tan parecida a Magdalena, que se las confundiría fácilmente. Si no hubiese sabido que Magdalena estaba allí, hubiese dudado.

DARBE. Es extraño.

NERVILLE No tan extraño si se tienen en cuenta los múltiples azares de la existencia y que el padre de Magdalena llevó una vida muy accidentada.

DARBE. ¿Y piensa usted que el señor Rivesaltes...?

NERVILLE La invité a champagne y hablándola adquirí la certidumbre de que es una hija natural de mi suegro, cuya muerte súbita hizo que quedara desamparada y que cayera en el vicio.

DARBE. ¿Es posible?

NERVILLE Yo que he pagado todas las deudas del padre de Magdalena... ¿podría dejar insolvente ésa, más imperiosa aún que las demás?

DARBE. Adivino la rectitud de sus ideas, amigo Nervil.

NERVILLE La desgracia es, que lo que hace dos días me era muy sencillo, hoy me resulta más difícil.

DARBE. Lo que usted no pueda realizar, estoy dispuesto a hacerlo yo. Disponga usted de mí.

NERVILLE Algo pienso para que me ayude usted a sacar del fango a la bella Cleopatra como la llaman en el mundo galante. He sabido que está entre las manos de un hombre que la explota y puede conducirla a las mayores abyecciones. *(Toca el timbre.)* Es preciso arrancarla de sus garras. Hablando con ella buscaré un medio de empezar la obra que usted se encargará de continuar... Ante todo, va usted a verla... *(La puerta se abre.)*

Entre usted sin cuidado, Cleopatra. *(Aparece Cleopatra precedida por Justino por la lateral derecha. Viste muy elegante. Darbellles hace un movimiento de asombro.)*

ESCENA VII

Dichos y CLEOPATRA

CLEOP. Señores...

DARBE. *(Aparte.)* ¡Oh!

NERVILLE Mi amigo el Dr. Darbel... Siéntese usted y perdone un momento. *(Acompañando a Darbelles.)*

DARBE. Señorita...

NERVILLE ¿Qué me dice usted?

DARBE. *(A media voz.)* Es un parecido que asusta... Comprendo que le haya a usted impresionado tanto... *(Mutis foro izquierda)*

NERVILLE Cleopatra...

CLEOP. He sido puntual, ¿verdad? Hay que ser así con los hombres hasta que se les tiene bien sujetos... Luego... no hace falta tomarse ningún cuidado. Es curioso..., parece que no me atiende usted...

NERVILLE Sí la atiendo...

CLEOP. ¿No me dijo usted que esta es su casa? ¿Sabe usted que se necesita frescura para recibir amigas en casa de la mujer? Cuando el criado me dijo si era a la señora a quien deseaba ver, me quedé aturdida.

NERVILLE No se inquiete usted. Aquí no entra nadie cuando tengo visita.

CLEOP. Tiene usted una casa muy elegante. Pero acérquese: está usted a dos leguas. No obstante, la otra noche no puse cara para darle miedo.

NERVILLE Yo quisiera saber cómo ha llegado usted a ser... lo que es hoy.

CLEOP. Ya empezó usted la otra noche a que le contara mi vida.

NERVILLE *(Con dulzura.)* Contésteme usted, hija mía: ¿no tiene usted familia?

CLEOP. No.

NERVILLE ¿Murió joven su madre?

CLEOP. *(Con tristeza.)* Sí... Sintió frío al salir de un baile un martes de Carnaval y murió ocho días después.

NERVILLE ¿Quién se encargó de usted entonces?

CLEOP. De todo lo que me acuerdo es de que me enviaron a Viliers-le-Bel, a un colegio. Un día la directora me previno, que la persona que me pagaba la pensión, no daba señales de vida hacía un año y me mandaron a la calle. Tenía entonces diez y seis años, bonitos ojos... Lo demás se adivina.

NERVILLE Si al menos hubiese usted encontrado un hombre honrado...

CLEOP. *(Sarcástica.)* ¡El mirlo blanco! *(Cambiando de tono.)* No obstante, encontré uno..., pero ya era tarde.

NERVILLE ¿Quién era aquel hombre?

CLEOP. Se llamaba Víctor Fermont. Era grabador. Un buen muchacho, muy amable y cariñoso... Parecía que ignoraba mi vida y me decía que si me portaba bien con él, no me arrepentiría. Quién sabe

si hubiese acabado por proponerme el matrimonio... Por entonces, tuvimos un niño, Julianito. *(Se detiene emocionada.)* ¡Es una idiotez recordar estas cosas! ¿Y llama usted a esto una entrevista de amor?

NERVILLE Continúe usted, Cleopatra. Se lo ruego.

CLEOP. Víctor cayó enfermo, no teníamos economías, fué preciso llevarle al hospital... Cuando me hallé sola y teniendo al niño criándose en el campo, volví a pensar en mi vida anterior; sentí la nostalgia de ella... Algunas amigas de antes me arrastraron... Era tan joven..., tenía diez y ocho años..., no digo esto por disculparme, pero... ¡Se sabe tan poco de la vida a esa edad...!

NERVILLE ¿Y no volvió usted a ver ni al padre ni al hijo?

CLEOP. Después de lo hecho, era imposible... Hace algunos meses al pasar por el Palé Royal, vi una tienda con el nombre de Víctor... Tiré mi porvenir... una vida de amor y de felicidad, pero tengo el vicio en la sangre. Esto lo heredé de mi padre... o de mi madre... acaso de los dos.

NERVILLE Yo conocí a su padre en la Bolsa.

CLEOP. Pues ya sabe usted por qué la hija bastarda de su amigo ha llegado a ser la bella Cleopatra.

NERVILLE Si siente usted asco hacia su vida actual, ¿por qué no la abandona?

CLEOP. ¿Para qué?

NERVILLE Piense usted que un día Julianito, querrá saber quién es su madre... que acaso la busque... y que acaso la encuentre...

CLEOP. Calle usted, calle usted... ¿Por qué me atormenta así...? ¡Pobre hijo mío...! *(Oculta la cabeza entre las manos.)*

NERVILLE Cleopatra... Su alma es aún pura, puesto que la idea de enrojecer de vergüenza ante su hijo la conmueve. ¿Renunciaría usted a una ocasión que se le presentase de empezar una nueva vida?

CLEOP. ¿Cree usted fácil eso? ¡Abandonar esta vida! ¡No me dejaría mi amante!

NERVILLE ¿Le ama usted?

CLEOP. No sé. Pero me tiene en sus garras. Esos hombres nos dominan brutalmente, por lo mismo que somos débiles... ¡Pero si alguien me ayudase...!

NERVILLE Estoy dispuesto a ello, Cleopatra.

CLEOP. ¿Usted?

NERVILLE Cuente usted con mi apoyo, si está decidida a sacudir ese yugo vergonzoso.

CLEOP. Sí, sí. Comprendo que si no salgo pronto de la influencia de ese hombre, me obligará a hacer cosas que me dan miedo. Yo no soy ambiciosa, y lo que desearía es sólo una vida tranquila, porque mi salud no es buena. Un amigo mío, estudiante de medicina, me ha dicho que tengo lesionado el corazón. Le aseguro que jamás tendría usted queja alguna si llegase a ser mi...

NERVILLE No, Cleopatra, se engaña usted. No trato de ser el protector en la forma que usted supone.

CLEOP. *(Desconcertada.)* Decididamente, empiezo a no comprender... ¿Qué voy a dar a usted en cambio de su ofrecimiento?

NERVILLE Nada.

CLEOP. ¿Por qué se interesa usted entonces por mí?

NERVILLE (*Lentamente.*) Porque se parece usted grandemente a... a una hermana que perdí y a la que quería mucho.

CLEOP. ¿Es posible?

NERVILLE Tanto, que cuando le hablo, parece que es usted ella.

CLEOP. Entonces me explico su interés.

NERVILLE Desgraciadamente hoy no la puedo socorrer tan eficazmente, como podría haberlo hecho ayer.

CLEOP. No comprendo.

NERVILLE Es sencillo... Estoy arruinado.

CLEOP. ¿Usted...?

NERVILLE Dejo a mi mujer la mitad de lo que pude salvar del naufragio y parto con sesenta mil francos que espero hacer fructificar en un país lejano, donde voy a probar fortuna.

CLEOP. ¡Ah, caballero! Lléveme con usted. Nadie me reconocerá..., me vestiré sencillamente..., seré su sirvienta..., viajaré en tercera..., me acostaré sobre el puente... como los emigrantes.

NERVILLE Eso no es factible, amiga mía, pero... (*Dándole un rollo de billetes de Banco.*) tenga usted esta cantidad que la redimirá de su esclavitud y la permitirá empezar su nueva vida.

CLEOP. ¡Imposible! Ese dinero, si continúo en París, débil, abandonada a mis fuerzas, me lo quitarán... Usted no sabe que Gaetano me aguarda a la salida...

NERVILLE ¡Desgraciada...! ¡En qué fango has caído...!

CLEOP. No se puede confesar todo de una vez...

Para que usted vea el imperio que ese hombre ejerce sobre mí, le diré que anoche a la salida de Foli Bergé, en plena calle, delante de un corro de granujas y pilletes, me he pegado por él con Florentina, una de mis rivales..., todo porque había tratado de quitármele... La herí en un brazo con un alfiler de sombrero... Ya ve usted lo que he llegado a ser, porque a mi señor papá se le antojó que fuera una hija bastarda. Si usted me abandona, volveré a caer a pesar de todo...

NERVILLE ¡Veamos! Tal vez haya un medio de conciliarlo todo. ¿Usted no tenía ningún oficio anteriormente?

CLEOP. Sí... He trabajado de modista y bastante bien. He oído decir que las modistas parisienses, que tienen buen gusto, en Buenos Aires, en Lima, ganan cuanto quieren... Nadie sabría allí de dónde llego... y espero que lejos de él sería completamente otra.

NERVILLE ¿Está usted dispuesta a partir esta misma noche?

CLEOP. Estoy decidida.

NERVILLE Pues bien: a las nueve iré a buscarla a su casa... Mañana en el Havre; antes de que yo parta, embarcará usted en un transatlántico para donde prefiera... No nos volveremos a ver; pero el haberla prestado algún servicio, creo que me dará suerte en mis negocios.

CLEOP. *(Levantándose.)* ¡Cómo decirle a usted los sentimientos que hay en mi corazón en este instante...! No lo sabe usted bien... Usted será mi salvación... Verda-

deramente al entrar aquí, no pensaba salir como salgo. ¡Qué felecidad tan grande! Adiós, señor, adiós. *(Mutis lateral derecha.)*

NERVILLE *(Acompañándola.)* Hasta luego, Cleopatra. Justino, acompaña a la señora.

ESCENA VIII

NERVILLE; luego, TERESA y la Sra. NERVILLE (la madre)

NERVILLE *(Toca el timbre.)* No quedaría tranquila mi conciencia, si no hubiese dejado a esa pobre mujer en el buen camino. Pero el tiempo vuela.

TERESA *(Por la lateral izquierda.)* ¿Qué manda el señor?

NERVILLE ¿No ha llegado aún mi madre, Teresa?

TERESA Sí, señor. *(Enciende las lámparas.)* Estaba esperando que quedara usted solo. *(Sale lateral derecha.)*

NERVILLE Adelante, madre mía. *(Abre la lateral izquierda y entra la señora Nerville. Es una mujer de sesenta años, vestida como una aldeana de mediana posición..., cofia, chal de lana, etc.)*

S.ª NERV. ¿Que te pasa, Jorge, para hacerme venir a París con esta prisa?

NERVILLE Me voy esta noche y quería abrazarte. *(La abraza.)*

S.ª NERV. ¿Es que acaso te vas lejos?

NERVILLE Muy lejos. Pero es preciso que Magdalena lo ignore, al menos por hoy.

S.ª NERV. Bien has hecho en llamarme. Acaso, si

tardas mucho, no me encuentres a tu vuelta.

NERVILLE ¿Quieres callar...? Sólo tienes sesenta años y estás fuerte como un roble. Quería además preguntarte si necesitas algo.

S.ª NERV. Ya sabes muy bien que, ni aun mi rentita gasto entera.

NERVILLE Pues bien, pequeña es...

S.ª NERV. Es bastante y aún hago mis economías... Un día te aprovecharás de ellas.

NERVILLE ¡Mamá!

S.ª NERV. Bueno. Si tú no, tu hijo.

NERVILLE Tengo que pedirte que durante mi ausencia, vengas a menudo a ver a Magdalena y a nuestro hijo.

S.ª NERV. Ya sabes que mi nuera no es santo de mi devoción.

NERVILLE ¿Qué tienes que reprocharle?

S.ª NERV. Nada. Está siempre muy cariñosa conmigo, pero ¿qué quieres? En eso no se razona.

NERVILLE ¿Pero a tu nietecito...?

S.ª NERV. A él es otra cosa... El eres tú.

NERVILLE Entonces ¿vendrás a acompañarles?

S.ª NERV. Mira, Jorge; es una misión difícil la que me confías... Mis gustos son diferentes a los de tu mujer. No soy de su mundo.

NERVILLE Tu ternura hacia mí vencerá esos obstáculos... ¿Supongo que no me obligarás a que acuda a un extraño?

S.ª NERV. ¿A quién?

NERVILLE Al único amigo que puede en tan graves circunstancias ayudarme: a Darbel. Sólo siento que cualquier día sus trabajos pueden alejarle de aquí.

S.ª NERV. ¿Y vas a confiar tu hijo y tu mujer al doctor?

NERVILLE ¿No es padrino de mi hijo y amigo de confianza?

S.ª NERV. Sí, sí... *(Pausa.)* Pues bien, Jorge... Decididamente mis ideas han cambiado... Reconozco que mi puesto durante tu ausencia está al lado de tu mujer y de tu hijo.

NERVILLE ¿Al fin te sacrificas?

S.ª NERV. Cerraré mi casa y vendré a instalarme aquí. Te prometo conllevar la situación con cariño y dulzura... Reconoce que no te esperabas esto, ¿verdad?

NERVILLE *(Tomándola las manos.)* Has comprendido que acaso dure mi viaje más de lo que yo mismo supongo.

S.ª NERV. Tal vez. Hasta ahora, habías tenido suerte, hijo mío: pero hay muchos guijarros en los caminos y es fácil tropezar.

NERVILLE Ya verás como salgo adelante.

S.ª NERV. Tengo fe en ti, hijo mío. Tienes la energía de tu padre y más instrucción que él... El deseo de volvernos a ver a todos, te servirá de acicate.

ESCENA IX

Dichos y DARBELLES foro izquierda. Después, MAGDALENA, con bata, y BERNARDITO, lateral izquierda

DARBE. ¿Cómo está usted, señora Nervil?

S.ª NERV. Divinamente. El aire puro del campo y la vida que llevamos los aldeanos, son

muy saludables. *(Siguen hablando. Entra Magdalena con Bernardito por la lateral izquierda. Viste bata elegante.)*

MAGDA. Justino ha terminado tu equipaje.

NERVILLE Voy a dejaros. Ha llegado la hora.

BERN. ¿No cenas con nosotros?

NERVILLE No, hijo mío. Tengo que pasar por correos, antes del tren, y tal vez llegaría tarde.

S.ª NERV. Te acompañaremos.

NERVILLE No, mamá. Déjame llevarme la impresión de este cuadro de familia. En la estación el recuerdo sería más triste.

S.ª NERV. Como quieras.

JUSTINO *(Por la lateral derecha.)* El coche espera, señor.

BERN. *(Queriendo abrazarle.)* ¡Toma! ¿Quién ha cogido el retrato de mamá?

NERVILLE He sido yo. También he cogido el tuyo; quiero llevaros a los dos. Vamos: llegó el momento doloroso. Adiós, hijo mío; sé bueno con tu mamá y tu abuelita. Un apretón de manos, querido Raimundo. Adiós, mamá... *(Bajo.)* y gracias.

S.ª NERV. Hasta pronto, Jorge; *(Bajo.)* buena suerte.

NERVILLE *(A Magdalena abrazándola con ternura.)* Adiós, querida Magdalena.

MAGDA. Escribe desde mañana.

NERVILLE *(Con emoción que quiere disimular.)* Pierde cuidado, escribiré. Ahora sentaos, que quiero veros en vuestros puestos. Tú, Magdalena, en tu sillón, al lado de nuestro hijo. *(En el sillón de la derecha.)* Tú, mamá, junto a la lámpara haciendo tu labor. *(A la derecha de la mesa.)* Usted, Darbel, enfrente,

hojeando uno de sus libros. *(A la izquierda de la mesa.)* Así y no os mováis, como dicen los fotógrafos. Quiero llevar en mi corazón todos los recuerdos de mi casa, que desde lejos me será aún más querida. Y ahora, adiós a todos. ¡Adiós! *(Sale por la lateral derecha.)*

(TELON)

ACTO SEGUNDO

CUADRO 2.º

La noche siniestra

Habitación elegante, que sirve de recibidor y de comedor en el piso de Cleopatra. En el primer término izquierda, puerta lateral con mirilla que da a la escalera. Esta puerta se abre hacia dentro y tiene la cerradura en la parte del foro y los goznes en la parte del público. En el fondo, una puerta que conduce a un corredor y a la derecha una ventana ancha lateral. A través de la ventana se ven a distancia los techos de algunas casas. En el fondo derecha, un baúl o maleta con ropa a medio llenar. En el fondo izquierda, un bufete. A la derecha primer término, una mesa con una lámpara. Varias sillas repartidas por la habitación y en una de la derecha un chal de viaje. Se oyen de tiempo en tiempo los silbidos de los trenes, débiles por la distancia.

ESCENA PRIMERA

CLEOPATRA, vestida como la Mimí de la ópera «Boheme» en el primer acto, y EMILIANA, muchacha que viste con coquetería

CLEOP. Ya has visto el tocador y la alcoba.
Esto es el comedor que da a la escalera.
Hay además una cocina y una cueva.

EMIL. ¿Y cuánto cuesta?

CLEOP. Quinientos francos y cincuenta más de aguinaldo a la portera.

EMIL. Para que no se fije demasiado en las personas que vengan a visitarte.

CLEOP. Si se desea, puede salirse de aquí por la cancela de la calle Mayans, de la cual cada uno de los inquilinos tiene llave.

EMIL. Excelente para los casados. *(Mira por la ventana.)* ¡Qué bonita vista! ¿Qué es aquello?

CLEOP. Las fortificaciones.

EMIL. En vano puede uno sentarse sobre el talud haciéndose la ilusión de que se está en el campo.

CLEOP. Entonces, decididamente te cedo casa y mobiliario por mil francos; de ellos pagarás los tres meses que debo al propietario y el resto me lo enviarás donde te indicaré.

EMIL. Conforme. Cuando pienso que gracias a ti voy a tener un salón como las cocottes elegantes, yo que hace diez meses no era más que simple criada en el Hotel del Gran Ciervo en Romorantén. Cuando tenga ahorros, me casaré y viviré de mis rentas tranquila en una casita de campo, donde mi marido pescará y donde no tendré que ponerme corsé.

CLEOP. Supuesto que estamos de acuerdo, voy a decírselo a la señora Peloqué, la portera, y no tienes más que venir e instalarte aquí mañana.

EMIL. Muchas gracias, querida Cleopatra. ¿De modo que te vas definitivamente esta noche?

CLEOP. Ya te he contado la suerte que he tenido. Dentro de poco vendrá a buscarme el Sr. Nervil. Sólo me falta cerrar mi equipaje, pero esperaba a la planchadora con la ropa.

EMIL. ¿Y Gaetano?

CLEOP. Ha tomado la cosa filosóficamente y nos hemos dicho adiós como buenos amigos.

EMIL. Me extraña mucho.

CLEOP. ¡Bah! No han de faltarle mujeres. ¡Y ahora con tu permiso, voy a decirte adiós, porque espero a alguien!

EMIL. ¡Ah...! Comprendo... tu nuevo amigo...

CLEOP. No, es otra persona. Un buen muchacho a quien en otro tiempo hice sufrir mucho sin que lo mereciese.

EMIL. Entonces, hasta la vista, querida Cleopatra. Siento de veras que te vayas, porque eres una buena amiga: pero ya que es por tu bien, te deseo que hagas fortuna. ¿Quieres darme un abrazo?

CLEOP. Con mucho gusto. *(La abraza, llaman a la puerta.)*

EMIL. Será el que esperas. *(La puerta se entreabre, se ve un cesto de planchadora.)*

CLEOP. Adelante. No, Emiliana, es la planchadora.

ESCENA II

Dichas y FLORENTINA

FLOREN. Soy yo, la planchadora.

EMIL. ¡Florentina!

FLOREN. *(Muy animada.)* Florentina Pluchart en persona..., sí, querida mía; ante todo, aquí tienes tu ropa. He dado un franco a la muchacha que traía el cesto para que me dejase subirlo.

CLEOP. ¿Qué vienes a hacer aquí?

FLOREN. ¿Es cierto que te marchas de París?

CLEOP. Ya lo ves. *(Mostrando el equipaje.)*

FLOREN. Te aseguro que cuando me lo dijeron en casa de la planchadora, no quise creerlo.

CLEOP. ¿Por qué causa?

FLOREN. Porque me las tienes que pagar. *(Amenazadora, señalando su cara llena de arañazos.)* Tengo aquí tus señales y las tendré por mucho tiempo.

EMIL. ¡Valiente tontería! ¡Reñir por un hombre!

CLEOP. Mira, Florentina. Ya te he demostrado que no te temo, pero yo no tengo las razones de antes para reñir contigo. Reñimos por Gaetano, ya ves... te lo cedo.

FLOREN. ¡Mentira! Es con él con quien partes esta noche.

CLEOP. No hace aún dos horas que le aconsejaba reunirse contigo.

FLOREN. Si vuelve a mí, será porque no le gustas.

EMIL. A menos que Cleopatra no haya encontrado otro mejor y le deje.

FLOREN. *(Con orgullo.)* ¡Mejor que Gaetano! ¡Imposible!

CLEOP. ¡Quiero dejar esta vida repugnante! Quiero salir de ese cieno. Necesito respirar..., necesito aire puro...

FLOREN. ¿Vas a entrar en un convento?

CLEOP. Haré lo que me plazca: eso a nadie le

importa. Te quité a tu amante: te lo devuelvo. Estamos en paz.

FLOREN. Aún no. Me robaste el amante, me lo devuelves: pero aún queda algo entre nosotras.

EMIL. No digas tonterías... Ven y cenaremos juntas para ir después al Olimpia.

FLOREN. ¿Con estos arañazos? *(Por los de su cara.)*

EMIL. Puedes encontrar un miope... Adiós, Cleopatra... Buena suerte. Procura sobre todo ir a países cálidos, porque tu salud no es demasiado buena.

FLOREN. *(Saliendo.)* ¡Será dentro de un año, de diez, de veinte, pero nos veremos las caras, Cleopatra! *(Salen Florentina y Emiliana, por la lateral izquierda.)*

ESCENA III

CLEOPATRA. Después, VICTOR FERMONT

CLEOP. ¡Qué feliz seré cuando salga para siempre de aquí! *(Pone la ropa en la maleta o baúl y enciende la lámpara.)* Acabemos los preparativos para no hacer esperar al señor Nervil. Yo no pude creer nunca que hubiese en la tierra hombres como él. No obstante, el que espero, era bueno también... Yo fuí la mala. *(Llaman.)* ¿Quién es?

FERMONT ¿La señora Cleopatra Obré? *(Desde fuera.)*

CLEOP. Sírvase usted pasar. *(Abriendo.)*

FERMONT *(Apareciendo en el umbral.)* ¡Demonio! ¿Sabe usted que está lejos su casa y en un desierto? Ahora espero que me diga usted por qué me ha escrito después de tantos años.

CLEOP. En primer lugar doy a usted las más expresivas gracias por haberse molestado.

FERMONT Ya sabe usted mejor que nadie que siempre he sido complaciente... Es un defecto del que no me corrigen los años.

CLEOP. Reconozco la inmensidad de mis errores...

FERMONT No hablemos de eso. Sufrí mucho cuando usted me abandonó; afortunadamente tenía un consuelo. Eso me salvó.

CLEOP. ¡Julianito! *(Con tristeza.)*

FERMONT Yo era en el fondo un bohemio, un loco. Julianito me hizo sentar la cabeza, haciéndome comprender que en la vida hay algo sagrado y noble. ¡Tenía un hijo! Ese niño ha hecho de mí un hombre.

CLEOP. La desgracia era que usted y yo éramos dos bohemios frente a la vida. Hubiera sido preciso que fuese usted mi guía, mi tutor.

FERMONT ¿Cómo quería usted que lo fuese si no tenía más voluntad que la suya?

CLEOP. ¿Y es usted feliz ahora?

FERMONT ¡Ya era tiempo!

CLEOP. La persona que llevó mi carta, me ha dicho que salió a abrir una muchacha joven.

FERMONT Es mi prometida. Me caso.

CLEOP. Usted merece ser amado.

FERMONT Así lo creo, pero no es siempre una

razón... En fin, esta vez creo que tendré suerte. ¡He podido comprobar la solidez de las buenas cualidades de mi futura!

CLEOP. Estoy segura de que habrá usted escogido bien. La persona que mandé me ha dicho que es hermosa.

FERMONT Es una obrera que vive de su trabajo en la misma casa que yo. Ha hecho su aprendizaje de mamá con Julianito. Cuando tuvo a principios de invierno una grave bronquitis, sus cuidados le han salvado. En suma, no será la felicidad completa, pero creo que ha de parecérsele mucho.

CLEOP. Todo lo que usted me dice, me conmueve profundamente. Puesto que yo, la madre de Julianito, abandoné el puesto que esa muchacha ocupará, justo es que lo guarde. ¡Pobre hijo mío! Pudo haber caído en manos de una mala madrastra o algo peor aún... Y es tan malo ver ejemplos detestables de niño... Yo sé algo de eso.

FERMONT Vamos, Cleopatra, creo que ya es tiempo de que me diga usted a qué ha obedecido el deseo de verme.

CLEOP. *(Limpiándose las lágrimas.)* Sí, tiene usted razón, Víctor; me marcho de Francia, para ver si logro rehacer mi vida con la honradez. En el momento de abandonar mi pasado, he querido suplicar a usted que me perdone el daño que le hice... También quería... saber de mi Julianito.

FERMONT Yo no soy vengativo, Cleopatra; no tengo derecho alguno para ser justiciero;

me conformo con proceder conforme a la voz de mi conciencia. Y ella me manda perdonar...

CLEOP. *(Muy conmovida.)* Gracias, Víctor; es usted un alma noble y generosa, pero...

FERMONT ¿Qué desea usted?

CLEOP. Desearía que mi Julianito ignorase siempre el pasado de su madre.

FERMONT *(Con sencillez.)* Le doy a usted mi palabra de honor.

CLEOP. Lo que más siento es no poderle abrazar ni una sola vez, antes de partir... Es casi seguro que no le veré más... ¡Y sería tan feliz si hubiese podido darle un beso...!

FERMONT Pues va usted a ser feliz a muy poca costa.

CLEOP. ¿Qué dice usted?

FERMONT Con permiso. *(Va a la ventana, la abre y llama.)* ¡Julianito...! ¡Julianito...!

CLEOP. ¿Está abajo?

FERMONT Casi siempre salimos juntos. Ya comprenderá usted que hoy era la ocasión o nunca... Sólo que quise antes cerciorarme de si la *persona* que venía a ver, no tenía antipatía hacia los niños.

CLEOP. ¡Cómo se venga usted, Víctor!

FERMONT ¡Procure usted no dar a entender nada delante del niño!

CLEOP. Nada sabrá: se lo prometo.

ESCENA IV

Dichos y JULIANITO por la lateral izquierda

FERMONT Esta señora me ha reñido por haberte dejado solo en el coche. Es amiga de los niños y ha querido verte.

CLEOP. Debías tener mucho frío en el coche. Aquí estarás mejor.

FERMONT ¿Ves cómo es muy amable esta señora? Salúdala.

JULIANI. Buenos días, señora. Gracias por haber permitido que me reuna con papá.

CLEOP. Señor Fermont, tiene usted un niño precioso. ¡Qué feliz es usted y cómo le envidio!

JULIANI. ¿No tiene usted niños, señora?

FERMONT Tenía uno... y le perdió.

JULIANI. ¡Pobre señora! ¿Y era guapo?

CLEOP. *(Conmovida.)* ¡Tan... bonito como tú!

JULIANI. Usted no tiene niños y yo no tengo mamá, pero ahora voy a tener una.

CLEOP. ¿Sí?

JULIANI. Es muy buena para mí. La quiero mucho, pero creo que hubiese querido más aún a la otra, a mi mamá de veras.

CLEOP. *(Muy emocionada.)* ¡Julianito...! ¡Mi Julianito...!

FERMONT *(Cortando.)* Vamos. Se hace tarde. Estamos entreteniendo a esta señora. Abrázala y nos iremos.

JULIANI. Adiós, señora.

CLEOP. *(Abrazándole.)* ¡Adiós, Julianito! ¡Que

sea usted muy dichoso, señor Fermont...! Gracias, muchas gracias. *(Fermont le tiende la mano. Ella se la tiende con efusión.)*

FERMONT Escríbame usted sus señas para mandarle noticias del niño... ¡Vamos, en marcha!

JULIANI. Di, papá; ¿por qué me ha abrazado tan fuerte esa señora? Sin duda me ha tomado por su hijo. *(Salen Fermont y el niño, que manda un beso a Cleopatra.)*

ESCENA V

CLEOPATRA, JAK y CIBOULOT

(Cleopatra cae abatida en una silla. La emoción la domina. Se oprime el pecho con ambas manos.)

CLEOP. *(Sola.)* ¡Qué daño hace la alegría! ¡Qué hermoso es mi hijo! *(Con dolor.)* Y será otra mujer la que disfrute sus besos, sus caricias. ¡Ayer ignoraba yo hasta qué punto son dulces las caricias de un hijo! *(La puerta del fondo se abre y entra Jak.)*

JAK ¿Se puede?

CLEOP. ¿Tú? ¿Estabas ahí?

JAK Vengo a traerte la llave que me olvidé. Pero como tenías visita, hemos esperado en el gabinete. Entra, camarada. *(Ciboulot aparece. Es un hombrecillo gordo con una cabeza enorme y de pier-*

nas cortas. Tipo vulgar. Lleva un paraguas muy grueso.)

CIBOULOT Salud a la más hermosa.

JAK Cuando decidí venir, fuí a encontrar a mi amigo Bonfuá.

CIBOULOT «Cibouló» para los camaradas. ¿De modo que es cierta la noticia? ¿Deja usted la hermosa Francia? ¿Abandona usted a sus amigos?

CLEOP. Sí, me marcho. Lo que no me explico es vuestra presencia aquí en este momento.

CIBOULOT Mi pobre amigo llegó hace poco a mi tienda «Relojería y Bisutería; arreglos y composturas de todas clases». Viéndole llorar me conmoví, cerré la relojería y le acompañé.

JAK No he tenido valor para dejarte marchar sin despedirme. ¡En el café nos dijimos adiós tan fríamente...!

CLEOP. Mira, Gaetano, ya no hay nada entre nosotros. La persona a quien espero, debe llegar de un momento a otro y no conviene que me encuentre en vuestra compañía.

CIBOULOT Así, con franqueza. La franqueza es lo mejor. Y ya que usted nos da el ejemplo, puedo agregar que el deseo de despedirse, no es el único motivo de nuestra visita.

CLEOP. Me lo figuraba.

CIBOULOT Háblala tú, que es más fácil que la convenzas.

JAK La cosa es sencilla. Ciboulot y yo tenemos un plan que no serás tan tonta que vayas a rechazar.

CLEOP. No comprendo...

JAK — Se trata de una operación soberbia, en cuyo producto tendrás tu parte.

CLEOP. — No quiero nada con vosotros. Marchaos de mi casa. *(Les señala la puerta.)*

CIBOULOT — Decididamente, me ilusionaba con tu elocuencia. Yo hablaré, querida mía, hemos encontrado a nuestras distinguidas amigas Florentina y Emiliana y nos hemos enterado de que un buen amigo de usted, va a llamar a esta puerta. Como desde aquí saldrá para un largo viaje, es de suponer que llevará en la cartera una cantidad respetable. Nuestra presencia aquí obedece al deseo de evitarle la molestia y el peso de los billetes, limpiándole de paso los bolsillos.

CLEOP. — Jamás consentiré.

JAK — Ten cuidado.

CLEOP. — ¿De modo que eres un ladrón?

JAK — Ya lo sabías.

CLEOP. — Creí en tu arrepentimiento.

JAK — Acabemos. ¿Quieres obedecerme, sí o no?

CLEOP. — ¡No, jamás! *(Va hacia la puerta.)*

JAK — ¿Dónde vas? *(Cerrándola el paso.)*

CLEOP. — A impedir que el señor Nervil caiga en vuestro abominable lazo.

JAK — ¿Y te figuras que cuando te hemos puesto al corriente de nuestros proyectos, te vamos a dejar libre?

CLEOP. — *(Desasiéndose sin conseguirlo.)* Gritaré, vendrán y os prenderán... Yo no quiero que ese hombre que se interesa por mí, sea víctima de su bondad... ¡Soco...! *(Ciboulot le impide acabar la frase, amordazándola con un pañuelo que hay en la ropa de la planchadora. Jak la sujeta los brazos mientras Ciboulot se*

los ata con un chal de viaje que había encima de una silla.)

CIBOULOT Ahora ¿dónde vamos a encerrar a esta loquilla?

JAK En la cueva.

CIBOULOT Me parece muy bien. *(Coge a Cleopatra en sus brazos.)* Yo me encargo de la mudanza.

JAK *(Descolgando la llave de un clavo.)* Aquí está la llave. ¿Conoces el camino?

CIBOULOT Corre todo de mi cuenta, ¡ángel mío! *(Llevándose a Cleopatra.)* No es así como hubiera yo querido llevarte, pero... *(Sale por el corredor.)*

ESCENA VI

JAK, solo

JAK ¿Qué le habrá contado ese señor de Nervil para haberla transformado de ese modo? *(Encendiendo un cigarro.)* Viniendo dispuesto a salir de viaje, el dinero que llevará encima no será cosa que se presente todos los días. ¡Vale la pena de arriesgarse! Es verdad que tendré que partir la cantidad con Cibuló por ayudarme. ¡Decididamente, Cibuló es hombre de suerte!

ESCENA VII

JAK y CIBOULOT

CIBOULOT — *(Trae una botella de vino blanco y un sifón.)* ¡Cú-cú!

JAK — ¿Está ya escondida?

CIBOULOT — Y amarrada y amordazada.

JAK — ¿Has traído bebida?

CIBOULOT — Sí; tenía sed... También he subido un sifón para que el vino no se nos suba a la cabeza. Es preciso conservar la sangre fría para trabajar. *(Llena dos vasos de vino y de agua de Seltz.)*

JAK — Nuestro asunto marcha bien.

CIBOULOT — Es imposible no obstante, adivinar lo que puede suceder. ¿En qué piensas emplear el dinero?

JAK — Lo gastaré probablemente.

CIBOULOT — ¡Bah! La última aventura no te ha servido de lección. Sigues siendo Santiago Roquevaire, el forzado evadido. Yo completaré con esa cantidad los doscientos mil francos. Aprovechándome de la baja de la Bolsa, compraré papel... Probablemente llegaré a reunir una renta de diez mil francos, para vivir tranquilamente... Pero, mira...

JAK — *(A la ventana.)* Un coche ha parado. Es el individuo que esperamos.

CIBOULOT — Yo me escondo aquí y saldré cuando sea preciso.

JAK — Escóndete, pronto. *(Sale Ciboulot. Llaman. Jak va a abrir la puerta de la izquierda y queda colocado a la izquierda de la puerta y de espalda al público.)*

ESCENA VIII

JAK y NERVILLE

NERVILLE — *(En la puerta, reprimiendo un gesto de sorpresa al ver a Jak.)* ¿Vive aquí Cleopatra Obré?

JAK — Pase usted, caballero. La señorita Obré ha salido un instante. Vendrá en seguida.

NERVILLE — Está bien. La esperaré abajo.

JAK — Se va usted a helar de frío.

NERVILLE — Tengo el coche.

JAK — Le aseguro a usted que estará mejor aquí.

NERVILLE — Yo no lo creo así. *(Va a salir. Le detiene Jak.)*

JAK — Si le he propuesto que se quedase aquí, es porque tengo que hablarle.

NERVILLE — No conozco a usted ni creo por lo tanto que tenga nada que decirme.

JAK — Permítame que me presente... Gaetano Scarpi, Cicerone... Soy el... amigo de la joven que viene usted a buscar...

NERVILLE — Lo *era* usted.

JAK — *(Con violencia.)* Eso quiere decir que usted me ha sustituído.

NERVILLE — De sobra sabe usted que no es así.

JAK — Qué quiere usted, señor mío, su afir-

mación no me convence. Pero creo que nos arreglaremos. Yo no pienso mostrarme celoso.

NERVILLE No lo dudo. Así pues, es imposible continuar esta entrevista. Dígame usted dónde está Cleopatra y la iré a buscar.

JAK Un momento, para terminar nuestro asunto.

NERVILLE ¿*Nuestro* asunto?

JAK Para renunciar a la mujer que quiero, pongo una sola condición.

NERVILLE ¿Cuál? *(Con ironía.)*

JAK Conociendo el mérito de Cleopatra ya comprenderá usted cuánto debo quererla.

NERVILLE En razón directa de lo que le producía.

JAK *(Cínico.)* Aunque así fuese. Su partida me produce un pesar que estimo en...

NERVILLE ¿En cuánto? *(Irónico.)*

JAK *(Fríamente.)* En todo el dinero que lleva usted encima.

NERVILLE Según veo se trata de una emboscada. Pero no me asustan los bandidos como tú.

JAK Permítame que le haga observar que esta casa está aislada y que ni sus voces ni sus gritos serán oídos. Hágalo por buenas, o me veré obligado a emplear la fuerza.

NERVILLE Puesto que eres un bandido, tendré que hablarte en el único lenguaje que puedes comprender. *(Saca su revólver y apunta a Jak. Ciboulot se acerca sin ruido y descarga un golpe con su paraguas en la muñeca de Nerville que deja caer su revólver. Ciboulot lo recoge con presteza y lo guarda en su bolsillo.)*

ESCENA IX

Dichos y CIBOULOT

CIBOULOT Perdóneme usted, señor Nervil, que haya intervenido tan bruscamente, pero la situación lo exigía.

NERVILLE Parece que sois varios.

CIBOULOT Sólo dos. Lo estrictamente necesario para apoyar nuestras reinvidicaciones.

NERVILLE Aun sin armas me atrevo contra vosotros, bandidos.

CIBOULOT ¡Bandidos! ¡La frase es dura! Vamos, señor Nervil, tiene usted demasiado talento para dejar de reconocer que una sangría a su cartera, será menos dolorosa que otra de clase diferente.

NERVILLE Es decir, que para robarme ¿no retrocederéis ni ante un asesinato?

JAK Basta de palabras. Suelte usted el dinero y le dejaremos libre.

CIBOULOT En cuanto llene usted esa pequeña formalidad, le devolveremos hasta la muchacha. Ya ve usted que nos ponemos en razón.

NERVILLE Paso, asesinos, o llamo. *(Se oye el silbido de un tren en el camino de hierro.)*

JAK Será inútil. Hemos despedido su coche y sólo pasa el tren. Y ese no subirá a ayudarle a usted.

NERVILLE ¡Fuera de aquí, canalla! *(Coge una silla con dos manos para defenderse.)*

CIBOULOT *(Disgustado.)* Esto se tuerce y será cul-

pa de usted. *(Jak avanza hacia Nerville y le quita la silla. Nerville entonces se arroja sobre él. Luchan. La mesa cae apagándose la lámpara, quedando la escena a oscuras, alumbrada sólo por la luz de la luna que entra por la ventana.)* Ya empiezan a estropearse los muebles. Cómo me molestan estas escenas. *(Nerville vence a Jak y le pone una rodilla sobre el pecho.)*

NERVILLE ¡Bandido! Te voy a estrangular.

JAK *(Sacando un cuchillo de su bolsillo.)* Y yo a sangrarte.

NERVILLE *(Le aprieta la garganta haciéndole soltar el cuchillo.)* Ni siquiera sabes ser asesino.

CIBOULOT Será preciso que yo intervenga.

JAK ¡A mí, Cibuló!

CIBOULOT No hay más remedio. *(Con el sifón cogido con las dos manos asesta un golpe en la cabeza de Nerville. Este cae sin sentido.)*

JAK *(Levantándose.)* Creo que ya tendrá lo suyo.

CIBOULOT Así parece. *(Le pone la mano en el corazón.)* No siento el balancín. El gran resorte debe estar estropeado.

JAK ¿Y qué hacemos ahora?

CIBOULOT No hay que apurarse. Todo está previsto. Voy a buscar el carrito de mano que alquilé a prevención y que envié a la calle de Crimea. Tú en tanto, monta la guardia y espérame.

JAK Yo no me quedo solo con este cuerpo.

CIBOULOT ¡Gallina! Acompáñame entonces.

JAK ¿Y si nos ve la portera?

CIBOULOT Saldremos por la verja.

JAK — Es verdad. La llave está en el tocador.

CIBOULOT — Ve a buscarla. Durante ese tiempo me encargaré de limpiar a nuestro cliente.

JAK — Te espero abajo en el patio. *(Sale por el foro.)*

CIBOULOT — Vamos a efectuar nuestras exploraciones. La cartera. Documentos a nombre de Jorge Nervil. Seis paquetes de diez mil francos. Dos para el Benjamín y cuatro para el nieto de mi abuela. *(Guarda los dos mil en la cartera y los cuatro mil en un bolsillo.)* El reloj... para mí, de propina... Estupenda fabricación. Es de Ginebra. Decididamente, Francia no puede competir con aquellas gentes. Ahora no nos durmamos sobre los laureles. *(Sale por la puerta lateral de la izquierda y cierra con llave por la parte de fuera.)*

ESCENA X

NERVILLE y luego, CLEOPATRA

(Un momento de silencio. Dan las diez en dos iglesias. Una cerca y otra lejos. Por la ventana que quedó abierta se oyen a lo lejos los silbidos de los trenes.)

NERVILLE — ¡Oh, cómo sufro! ¡La cabeza me duele horriblemente! ¿Qué hacer? ¡Me siento sin fuerzas! No podría salir, ni siquiera levantarme. Es preciso llamar, pero

mi voz es tan débil que no me oirán. ¿No habrá nadie, nadie que pueda socorrerme?

CLEOP. *(Entra por la ventana.)* Por fin ya estoy junto a él. ¡Le habrán matado! Señor Nervil, señor Nervil. ¿Habré llegado tarde? Tal vez no. ¡Su corazón late aún! No, no es su corazón, es el mío. Parece que quiere romperse dentro del pecho. ¡Desdichada de mí! Pensar que para proteger a una miserable como yo ha sacrificado su vida un hombre honrado. ¡Ah! ¿Será una ilusión? Parece que se ha movido.

NERVILLE ¡Oh, cuánto padezco!

CLEOP. No me engañé; vengo a salvarle, señor Nervil.

NERVILLE ¡Quién está ahí! ¿Eres tú, Magdalena?

CLEOP. No. Soy Cleopatra. ¿Me reconoce usted?

NERVILLE ¡Ah, desgraciada! ¿Por qué me ha hecho caer en esta guarida de bandidos?

CLEOP. ¡Oh, no, no diga usted eso! No me acuse usted. Me han atado y amordazado, echándome en la cueva, de donde hace un instante he podido escapar, mordiendo mis ligaduras. Encontré las puertas cerradas con llave y he tenido que escalar la ventana con peligro de mi vida. Ya ve usted que no he sido cómplice. Se lo juro por la vida de mi hijo.

NERVILLE ¡Bien, ya lo creo!

CLEOP. ¡Oh, gracias, gracias! Voy a pedir auxilio.

NERVILLE No, Cleopatra; si al llegar la policía me encuentran muerto, está usted perdida.

CLEOP. ¡Qué me importa!

NERVILLE Entonces lo que necesito es un médico. El auto que me ha conducido ¿está ahí?

CLEOP. No. Lo habrán despedido esos canallas.

NERVILLE Busque usted otro y hágame conducir a mi casa. Pregunte por el doctor Darbel que habita en el hotel de al lado y que venga con usted.

CLEOP. Bien. Voy al punto. ¡Ah, si pudiera tener la suerte de salvarle aún! *(Sale por la ventana.)*

NERVILLE ¿Llegará a tiempo? *(Se oye el silbido de un tren.)* No quisiera morir sin abrazar por última vez, a mi mujer, a mi hijo. *(Intenta levantarse.)* ¡La cabeza se me parte! ¡Ah! ¡No puedo, no puedo! *(Cae desmayado.)*

ESCENA XI

NERVILLE, CIBOULOT y JAK

(Se oye abrir la cerradura de la puerta de la izquierda por donde entran.)

CIBOULOT El equipaje del señor está preparado.

JAK ¿Y cómo nos vamos a arreglar para sacarlo de aquí?

CIBOULOT ¡Un poco de nervio, qué diablo! El trayecto es corto y sin peligro. Estamos seguros de no encontrar a nadie en la escalera.

YAK ¿Y Cleopatra?

CIBOULOT ¿Quieres que aproveche también el carrito?

JAK ¿Más sangre aún?

CIBOULOT ¿Y si charla? La podríamos llevar donde vamos a conducir a éste. Pero ya que para despachar pronto no podemos entretenernos, volveré por ella y te aseguro que no hablará.

JAK ¿Y a dónde quieres ir?

CIBOULOT Oye: ¿No me has dicho alguna vez que el rápido de Mulús pasa por aquí a las diez cincuenta?

JAK Todas las noches lo veo cruzar con una velocidad extraordinaria, mientras fumo en la ventana.

CIBOULOT Entonces pasará dentro de doce minutos. Tenemos tiempo sobrado para depositar a nuestro cliente en la vía.

JAK Comprendido. Mañana cuando recogerán su cuerpo informe, le tomarán por un borracho que se dejó caer allí, creyendo acostarse en su cama.

CIBOULOT Y ese borracho serás tú.

JAK ¿Yo?

CIBOULOT Dame tus papeles: pero no los de Gaetano Scarpi, los verdaderos... los de Jak Roquever.

JAK Ahí los tengo escondidos. *(Los saca del bufete.)* ¿Qué quieres hacer con ellos?

CIBOULOT *(Cogiéndolos y poniéndolos en un bolsillo de Nerville.)* No te preocupes: aquí. Ahora ya no es un borracho desconocido el que levantarán mañana de los rails, sino Jak Roquever, forzado evadido.

JAK Así de un golpe me veo libre de la policía para siempre, pues me condenarán muerto.

CIBOULOT Aún hay más. Aquí tienes la cartera de Nervil con tu parte de dinero y además

con su pasaporte. Con él puedes embarcar en el mismo buque que debía llevarlo a la fortuna. Ya tienes un nombre, dinero y audacia. Todo lo preciso para llegar a ser millonario.

JAK ¡Cibuló, eres el Napoleón del crimen!

CIBOULOT Napoleón tuvo sus desaciertos y yo espero acabar mejor que él. Ahora coge las alas, que yo me encargo de los puntales.

JAK *(Le cogen.)* Es preciso que nuestro viajero no pierda el tren.

CIBOULOT Y sobre todo, que el tren no le pierda a él. ¡Arrea, caballo! *(Se lo llevan por la puerta del fondo.)*

(TELON)

ACTO TERCERO

CUADRO 3.º

Locura de amor

El Hall del Hotel Nerville de planta baja. En la lateral derecha puerta vidriera del jardín. En la lateral izquierda puerta de la calle. En el centro del fondo puerta grande del dormitorio de Magdalena. En la izquierda del fondo puerta de un corredor que se pierde por la izquierda. En el primer término de la izquierda una chaisse-longue y un biombo detrás de la misma En el primer término de la derecha una mesita con dos sillones y otros muebles apropiados. Lámparas eléctricas encendidas. Una grande en el techo del Hall con llave en la pared del fondo; una pequeña en la mesita y otra grande con bombillas encarnadas en el corredor. Por la puerta vidriera penetra la luz de la luna.

ESCENA PRIMERA

DARBELLES que entra por el jardín. La Sra. NERVILLE y MAGDALENA que entran por el corredor. Luego, TERESA por el corredor y JUSTINO por el corredor. Magdalena con bata, llevando debajo el traje Boheme para la salida siguiente

DARBE. ¿Y el niño?
S.ª NERV. Ya está en su cama.
MAGDA. Apenas le acostamos se quedó dormido.
DARBE. Aunque es muy niño, la partida de su padre le habrá impresionado.

MAGDA. Ciertamente.

S.ª NERV. Y ahora me toca a mí decirles buenas noches, pues no llegaría a Monfort antes de media noche.

MAGDA. ¿Por qué no aguarda usted a mañana?

S.ª NERV. Imposible. Tengo la ropa en lejía. Hasta el lunes no podré venir a instalarme contigo, Magdalena.

MAGDA. Cuanto antes mejor. *(Toca el timbre y se va al corredor donde habla con Teresa.)*

S.ª NERV. Entretanto, señor Darbel, podrá usted decir a Magdalena todo cuanto es preciso que ella sepa.

DARBE. Fíe usted en mí. *(Teresa se va por el corredor.)*

MAGDA. Cuando usted quiera, Justino la acompañará hasta su casa.

S.ª NERV. ¡Para qué! Soy lo bastante mayorcita para poder ir sola. Queda tranquila, que aunque soy vieja, ay del que se atreva conmigo.

JUSTINO Señora...

MAGDA. Acompañe usted a la señora Nervil hasta Monfort, pasa usted la noche allí y regresa usted mañana en el primer tren.

JUSTINO Está bien, señora.

S.ª NERV. Hasta pronto, señor Doctor.

DARBE. Cuanto antes.

MAGDA. Hasta pasado mañana.

S.ª NERV. A mi regreso ya tendrás telegrama de Jorge.

MAGDA. Más bien espero carta.

S.ª NERV. Un beso a Bernardito. Adiós, Magdalena. Vamos, Justino.

ESCENA II

DARBELLES y MAGDALENA

MAGDA. *(Hojeando una guía.)* ¿A qué hora llegará Jorge? No acierto en qué tren se ha podido marchar.

DARBE. ¡Magdalena! *(Vacila.)*

MAGDA. ¿Qué quiere usted decirme?

DARBE. ¿Me pregunta usted cuándo llegará su marido? ¿Sabe usted por ventura, a dónde va?

MAGDA. Al Havre, según me dijo.

DARBE. ¿Y está usted segura de que haya dicho la verdad?

MAGDA. *(Asombrada.)* ¿Qué supone usted?

DARBE. El viaje de Nervil es más grave y más largo de lo que usted se figura.

MAGDA. Raimundo, hable usted claramente. ¿No comprende usted que sus palabras me inquietan en extremo?

DARBE. Lo que va usted a saber, le causará de fijo un gran pesar. Tenga usted valor.

MAGDA. ¡Me llena usted de espanto!

DARBE. Aunque la situación sea muy crítica, no es cosa de que se desespere usted. No todo está irremisiblemente perdido. Si su marido ha partido hoy de París, es porque está arruinado.

MAGDA. Arruinado. ¡Dios mío! ¡Arruinado! *(Pausa.)* Sí, es una gran desgracia y comprendo la pena de Jorge por el porvenir del pobre Bernardo: pero mi marido no es hombre que se deje abatir

por los acontecimientos. Dígame usted cuáles son sus intenciones y procuraré ayudarle con todas mis fuerzas.

DARBE. Nervil ha tomado una resolución heroica. No es al Havre adonde va, sino que embarcará allí con destino a un país donde con constancia y trabajo podrá rehacer su fortuna.

MAGDA. ¿Y nos abandona a mi hijo y a mí?

DARBE. No ha podido decidirse a que compartieran ustedes con él las fatigas y privaciones a que es posible se vea expuesto. Del poco dinero que le quedaba ha hecho dos partes: una para ustedes y otra que se lleva.

MAGDA. ¿Y cuánto tiempo piensa permanecer en su destierro?

DARBE. No lo sabe él mismo... Puede que cinco..., diez años...

MAGDA. ¡Diez años!

DARBE. A menos que la fortuna le favorezca más pronto. En tanto, tiene usted a su hijo.

MAGDA. ¡Mi hijo! Para mí es una inquietud más... Educar a un hijo es muy difícil... Hace falta un hombre que dirija sus pasos.

DARBE. Magdalena, ya sabe usted que puede contar conmigo.

MAGDA. No... Es imposible.

DARBE. ¿Por qué?

MAGDA. Porque usted tiene sus trabajos que pueden obligarle a salir de París, como hace cinco años, cuando estuvo usted en las Indias diez y ocho meses...

DARBE. Sí; por mi desgracia.

MAGDA. Por otra parte, no necesito a nadie y sabré afrontarlo todo con valor.
DARBE. Magdalena, al rehusar mis ofrecimientos, se diría que teme usted...
MAGDA. ¿El qué?
DARBE. Nada. No tengo el derecho de *hablar*. He de callar este secreto tanto tiempo guardado... He de callar...
MAGDA. ¡No prosiga usted, Raimundo, se lo suplico!
DARBE. ¿Por qué me impone usted ese silencio? ¿Es que ha adivinado mi pensamiento?
MAGDA. Nada tengo que responder. ¿Con qué derecho pretende usted abrir un corazón que desea estar cerrado?
DARBE. Sí, tiene razón. Perdóneme usted. Pero cuando la oí referirse a mi ausencia hace un instante, he sentido abrirse mi herida en el corazón.
MAGDA. Basta. No puedo oirle más; no puedo permitir...
DARBE. Pues bien, no debo callar... No puedo... Usted no ignora, Magdalena, que yo he amado a usted.
MAGDA. ¡Qué suplicio!
DARBE. Era demasiado modesta mi posición para que yo me atreviera a pedir su mano, Magdalena, y partí decidido a conquistarla... Desgraciadamente, sobrevino la ruina y la muerte de su padre cuando yo estaba a muchas leguas de aquí... Se casó usted y para poder soportar la tristeza de verla de otro, me dediqué por entero a los estudios... No he querido casarme..., crearme un hogar..., una familia... Me he sacrificado, pero a con-

dición de que fuese usted dichosa. ¡Y no lo es usted, Magdalena!

MAGDA. ¿Y qué es lo que le permite suponer que no lo sea?

DARBE. El mismo Nervil me lo dijo hace algunas horas. ¡Usted se casó con él por gratitud, por deber de pagarle sus bondades..., pero usted no le ama!

MAGDA. ¿Le ha dicho a usted eso?

DARBE. He callado mucho tiempo, he sufrido mucho, pero ya no puedo más. Soy hombre, y la energía humana tiene sus límites.

MAGDA. Sus palabras vienen a aumentar mis penas: ¿por qué ha removido usted los recuerdos de un pasado que tengo el deber de olvidar? ¿Cómo quiere usted que continuemos ahora viéndonos como antes? ¿Por qué ha hablado usted? Era mejor callar.

DARBE. Supongo que no pretenderá usted de mí que me separe de su lado.

MAGDA. Quiero ser respetada como mujer y como madre.

DARBE. Magdalena, si es que quiere usted arrancarme hasta el consuelo de verla y hablarla, hará usted que me vuelva loco y no sé hasta dónde podrá conducirme esta demencia de la que es usted causante.

MAGDA. Comprenda usted, Raimundo, que ahora menos que nunca, puedo aceptar su protección.

DARBE. Se teme usted a sí misma.

MAGDA. Sí. Debo confesarle a usted, que antes, cuando era casi una niña, acaricié ensueños semejantes a los suyos; que hu-

biera sido gustosa su mujer. El destino no lo ha querido así y debo llevar dignamente el nombre de mi marido.

DARBE. ¡Magdalena!

MAGDA. Me acusará usted de crueldad, pero más tarde encontrará una satisfacción por haber seguido el camino del honor que hoy le debo trazar.

DARBE. Magdalena, yo no puedo vivir lejos de usted... ¡No puedo!

MAGDA. Entonces seré yo la que me vaya.

DARBE. ¿Dónde?

MAGDA. En cuanto sepa donde está mi marido, iré a su lado con mi hijo.

DARBE. ¡Qué cruel es usted!

MAGDA. Cumplo mis deberes en vista de que usted olvida los suyos. Ahora, adiós, Raimundo. Es tarde ya. ¡Por mis criados..., por mí misma...! Ha estado usted demasiado tiempo aquí. *(Se dirige al dormitorio.)*

DARBE. Magdalena... ¿Hasta mañana?

MAGDA. Hasta mañana... por última vez. *(Entra en el dormitorio cerrando las puertas.)*

ESCENA III

DARBELLES y luego BAUTISTA por el jardín

DARBE. *(Solo, muy exaltado.)* El amor llama al amor. Magdalena me ama. Sí, me ama. Lo he comprendido en sus reticencias, en sus negativas... Su lucha interior, su resolución de no verme más, son otras tantas pruebas. Y a pesar de

todo, partirá. ¡Sí, estoy seguro! ¡La que a los diez y siete años supo sacrificarse por deber, no faltará a él ahora! Y yo no puedo resignarme a perderla, ahora que he visto su alma llena de amor... Pero ¿qué hacer en contra de una mujer que huye para no ser vencida?

BAUTISTA Perdone el señor Doctor, pero como es tarde vengo a preguntarle si quiere que cierre.

DARBE. *(Mirando su reloj.)* ¿Las once ya? Entonces cierre usted y váyase a descansar.

BAUTISTA ¿El señor llamará?

DARBE. No. Deje usted entornada la puerta del jardín.

BAUTISTA ¿Manda usted algo más?

DARBE. Nada. Que descanse usted, Bautista.

BAUTISTA Buenas noches, señor Doctor. *(Sale por el jardín.)*

DARBE. *(Entorna la puerta vidriera y enciende un cigarrillo. Da vuelta a la llave apagando la lámpara del techo del Hall, hace intención de salir por el jardín, pero al llegar a la puerta se detiene.)* ¿Qué haré en mi casa, donde todo me parecerá triste y solitario? Exasperar mi pena pensando en que no tiene consuelo... Voy a ver si se calma mi fiebre paseando por las calles desiertas... ¡La cabeza me arde! ¿Será preciso que me declare vencido...? No. ¡Si Magdalena no estuviese casada, caería en mis brazos feliz! Entonces, debo luchar para triunfar de una resistencia que su corazón no ratifica. ¿Pero qué es esto? Parece que golpean débilmente la puerta de la calle. ¿Quién es?

ESCENA IV

DARBELLES y CLEOPATRA

CLEOP. *(Dentro y con voz trémula.)* Abran pronto por favor.

DARBE. Voz de mujer. ¿Quién será? *(Abre la puerta de la calle, entra Cleopatra y la vuelve a cerrar. Cleopatra con el traje Boheme entra precipitadamente, con el pelo suelto, los vestidos en desorden. Está muy pálida y constantemente se lleva la mano al corazón, del que parece sufrir mucho.)*

CLEOP. ¡Por fin! ¡Creí que no iba a llegar nunca! Caballero, ¿es esta la casa del señor 'Nervil?

DARBE. Sí, señora; pero está ausente.

CLEOP. Ya lo sé. ¡Ah, qué dolor en el corazón! Es por haber corrido... No encontré coche. Los cocheros me tomaban por una loca y me pedían el dinero... Yo no lo tenía...

DARBE. Tranquilícese usted, señora, y dígame el motivo que la trae.

CLEOP. Vengo el busca del Doctor... el Doctor... No me acuerdo del nombre...

DARBE. ¿El Doctor Darbel por ventura? Soy yo...

CLEOP. ¡Ah, sí, le reconozco a usted! ¡Qué dicha haberle encontrado tan pronto!

DARBE. ¿Pero quién es usted? *(La acerca a la luz de la mesita.)* ¡Cleopatra!

CLEOP. Sí, me ha visto usted por la tarde en

en esta casa con el señor Nervil... Pues bien, sígame usted...

DARBE. ¿A dónde...? Tranquilícese... Está usted temblando como la hoja en el árbol.

CLEOP. ¡Si supiera usted lo que ha pasado! *(Grito de dolor en el corazón.)* ¡Ah! ¡No puedo más! ¡Es el corazón que está oprimido y late muy fuerte...! Pero no se trata de mí... Vamos, vamos pronto...

DARBE. Es imposible que se ponga usted en camino en este momento.

CLEOP. Sí, sí... Es preciso... En el camino se lo contaré todo... Venga usted. *(Quiere llevarse a Darbelles y se detiene.)* ¡Oh! ¡Tiene usted razón! ¡No puedo! *(Se sienta en la chaisse-longue.)*

DARBE. Espere usted... Corro a mi casa para buscar algo que la alivie.

CLEOP. No... me deje usted sola.

DARBE. Es cosa de un segundo. Sólo tengo que cruzar este jardín y el de mi casa. *(Sale corriendo por el jardín.)*

CLEOP. *(Sola.)* ¡Y mientras tanto, el señor Nervil agonizando! Y los otros puede que hayan vuelto para rematarle. ¡Ah! No puedo más... Y él allí, moribundo y a merced de esos bandidos. ¡Dios mío! ¡Doctor! ¡Doctor...!

DARBE. *(Volviendo con un botiquín que coloca en un sillón del primer término derecha.)* Ya estoy de vuelta.

CLEOP. *(Levantándose presa de horribles convulsiones.)* ¡Ah, déjeme y corra usted allí, pronto, pronto!

DARBE. *(De espaldas a ella y preparando un*

calmante en el botiquín.) Aguarde usted, esto la calmará.

CLEOP. Es inútil. Voy a morir. Esto se acabó. *(Cae al suelo a la derecha de la chaisselongue donde apoya la cabeza.)* Julianito, mi hijo, hijo... *(Muere quedando en dicha posición. Darbelles se inclina junto a ella y procura reanimarla, la examina y dice.)*

DARBE. ¡Muerta! ¿Habrá sido una aneurisma? Ofrecía todos los caracteres de una cardíaca. Ha debido presenciar alguna escena trágica..., porque hablaba de un herido..., de un muerto... ¡Sin duda su amante, para el que me venía a buscar! *(Mira el cadáver.)* ¡Esto se acabó...! ¡Cómo se parece a Magdalena...! La estatura es la misma..., el color es lo único diferente, pero la muerte ha destruído esa diferencia... Yo no puedo dejar aquí a esta mujer. Es preciso evitar a Magdalena las molestias que la ocasionaría. Lo más sencillo es transportar a esta mujer a mi casa, toda vez que venía a buscarme. *(Se arrodilla y coge el cuerpo de Cleopatra.)* ¡Me hace el efecto de tener a la viva entre mis brazos! *(Levantándose y dejando el cuerpo en el suelo.)* ¡Ah! ¡Qué terrible idea acaba de ocurrírseme! Ese medio que yo desesperaba de encontrar se me ofrece... en este instante. Es una locura, es un crimen, pero... ¿voy a perder esta ocasión que realizará mis ensueños? ¿No tendré valor para ser dichoso? Esta muerta mañana puede ser

para todos la Sra. de Nervil. Un instante de resolución y Magdalena será mía para toda la vida. Esa felicidad sólo depende de un acto bien sencillo. Llevándome a Magdalena a mi laboratorio y dejando a Cleopatra en su cama, mañana al encontrarla creerán que el cadáver es el de Magdalena, cosa bien fácil por su enorme parecido. ¿Y dejaré de hacerlo? ¿Qué hombre sería yo entonces? *(Se acerca a la habitación de Magdalena.)* Si esta puerta está entornada, es que decididamente la suerte se me ofrece. *(Empuja las puertas suavemente y al ver que no ceden, dice.)* ¡Ah, cerrada! ¡Qué fatalidad! *(Mirando al corredor.)* ¿Una luz? Alguien viene y si ven a Cleopatra, todo se ha perdido. Aún es tiempo. *(Coge a Cleopatra, la coloca en la chaisse-longue y se arrodilla junto a ella quedando así los dos ocultos por el biombo.)*

ESCENA V

CLEOPATRA, DARBELLES, TERESA y JULOT

(Aparece Teresa por el corredor con una luz y con grandes precauciones apaga la lamparita y se dirige a la puerta vidriera que conduce al jardín. Hace una seña con la luz, la apaga y abre la puerta vidriera.)

TERESA ¿Estará ahí? ¿Habrá visto la señal?

JULOT *(Fuera.)* Teresa.

TERESA Entra, Julot.

JULOT *(Entrando con una lamparilla eléctrica en la mano.)* Has tardado.

TERESA Tuve que aguardar para dar tiempo a que se fuera nuestro vecino el Doctor Darbel.

JULOT El señor...

TERESA Ya te dije que salió de viaje.

JULOT ¿Quién queda entonces en la casa?

TERESA La señora que está acostada en esa habitación y la doncella que duerme en el cuarto del niño.

JULOT ¿Y el criado?

TERESA Ha salido para acompañar a la abuela y no puede regresar hasta mañana.

JULOT Magnífico. Golpe seguro. ¿Dónde está el secreter con las joyas y el dinero?

TERESA En esa habitación de la señora, entrando a mano derecha.

JULOT Corriente. Ya puedes irte.

TERESA Casi me arrepiento. No vayas a cometer alguna imprudencia si la señora despierta.

JULOT Descuida, que si acaso con el susto de verme quedaría sin palabra y sin movimiento.

TERESA Acuérdate de tu promesa de casarte conmigo si te ayudaba en este negocio.

JULOT Seguro. Tengo palabra de rey..., consorte. Ea, vete a dormir y no salgas, suceda lo qué suceda.

TERESA Cuidado con hacer el menor ruido al forzar las cerraduras de la puerta y del secreter.

JULOT Descuida, que soy catedrático en la materia.

TERESA No olvides el estropear la puerta del

jardín para que no sospechen que yo te he abierto.

JULOT — Acaba ya, que el tiempo es oro y queda tranquila. Mañana por la tarde...

TERESA — En el sitio de costumbre. Adiós y buena suerte. *(Apaga la lámpara del corredor y sale por el mismo, quedando la escena sólo iluminada por la luz de la luna que penetra por el jardín. Julot saca una pequeña herramienta de su bolsillo, la mete en la cerradura y entreabre las puertas. Darbelles, que se ha ido acercando a Julot con un revólver en la mano, al ver la puerta entreabierta apunta a Julot.)*

DARBE. — ¡Quieto!

JULOT — *(Cayendo de rodillas.)* ¡Me perdí!

DARBE. — Entorna la puerta.

JULOT — *(Lo hace sin levantarse.)* Ya está.

DARBE. — ¿Qué te proponías?

JULOT — Como estoy sin trabajo la miseria me obliga...

DARBE. — Está bien. Quiero creerte y quiero compadecerte. Agradece el que no te entregue a la policía, pero te advierto que si vuelves por aquí, una bala tropezará con tu corazón. Ea, vete.

JULOT — *(Saliendo por el jardín y dejando la puerta abierta.)* ¡De buena me he librado!

DARBE. — La fortuna me ha abierto esta puerta y me dice que tenga fortaleza de ánimo. *(Empuja las puertas suavemente y las abre de par en par. Se ve en un lecho el cuerpo de Magdalena, representado por una actriz del mayor parecido posible, con la cara medio oculta por su*

cabellera despeinada. El dormitorio está iluminado por una lamparita eléctrica con una sola bujía encarnada, colocada en la mesita de noche.) Para mayor suerte Magdalena está dormida. ¡Y ahora cómo llevármela! Si la despierto y le propongo mi plan a pesar de que he podido adivinar que aún me ama, no accederá a mi proyecto, tanto por temor como por el poco tiempo que tendrá para decidirse. Hay que apelar a la violencia. Lo hecho ya no tendrá remedio. *(Se acerca al botiquín y coge una gasa y un frasco.)* El cloroformo producirá el efecto preciso para llevarla insensible a mi laboratorio y luego con inyecciones de morfina lograré que no despierte hasta mañana. *(Se mete el frasco y la gasa en el bolsillo.)* Valor y que el destino junte los nuestros. *(Coge el cuerpo de Cleopatra.)* Decisión y hoy encuentras la felicidad. *(Con ella en brazos se dirige a la habitación donde sigue durmiendo Magdalena y al entrar en ella cae el*

TELON DE BÓCA)

CUADRO 4.º

A través de una ventana

Telón corto que cae delante de la decoración anterior, el cual representa un comedor que conduce al laboratorio del Doctor Darbelles. A la izquierda, puerta de entrada. A la derecha, una ventana grande que da a la calle y en el centro, un arco grande que da al cuarto laboratorio. Dentro del cuarto un horno en la pared retortas, demás utensilios propios del lugar y una mesa con libros y papeles. Una chaisse-longue colocada dentro del cuarto y muy junto al arco, una cortina muy tupida que cubre el arco por completo y un canapé en la izquierda del corredor.

ESCENA PRIMERA

DARBELLES y MAGDALENA. Después, BAUTISTA y la señora NERVILLE

(La cortina está descorrida, Magdalena duerme en la chaisse-longue y lleva la bata del cuadro anterior. Darbelles arrodillado le toma el pulso.)

DARBE. La morfina continúa su obra. Pero no puedo utilizarla más. Una nueva dosis podría ser funesta. No obstante, sería preciso ganar algunas horas. Hasta aquí no he temido nada, pero ahora que llego al fin, lo temo todo. Si Magdalena despierta pronto, echará abajo todo el edificio tan penosamente construído... Las dos y media... Ya es la hora... Me esperan... *(Llaman a la puerta.)* ¿Quién es?

BAUTISTA Soy yo, Bautista.

DARBE. *(Secamente.)* Ya sabe usted que no recibo a nadie. *(Corre la cortina que cubre totalmente el arco.)*

BAUTISTA El señor Doctor me perdonará.

DARBE. ¿Qué quiere usted? *(Abriendo.)*

BAUTISTA *(Entrando.)* Sólo cuatro palabras, señor Doctor: es urgente.

DARBE. Ya le tengo dicho que mientras esté en mi laboratorio, no quiero que nadie me moleste bajo ningún pretexto.

BAUTISTA Ya lo sé. Pero esa señora ha insistido tanto...

S.ª NERV. No riña usted a su criado, señor Darbel.

DARBE. ¡Usted, señora!

S.ª NERV. Yo soy la que ha faltado, pero quería verle a toda costa.

DARBE. Retírese, Bautista. *(Vase Bautista.)*

ESCENA II

Sra. NERVILLE y DARBELLES

S.ª NERV. Como ayer fué domingo, el telegrama de usted no me ha sido entregado hasta hoy. ¡Al recibirlo, el golpe ha sido tan rápido y tan terrible...! En cuanto pude me puse en camino.

DARBE. *(Queriendo llevársela.)* Bajemos si a usted le parece, a mi cuarto.

S.ª NERV. Un momento, se lo suplico. Estoy destrozada. A mi edad, las piernas no son sólidas. Además, tengo impaciencia por saber por usted lo que ha pasado. *(Se sienta en el canapé.)*

DARBE. ¿No le han dicho nada?

S.ª NERV. Sí; Teresa, la doncella, me ha dicho cómo fué descubierta la desgracia. Al entrar Bernardo a dar un beso a su madre, la encontró helada en su cama.

DARBE. ¡Así fué!

S.ª NERV. El pobrecito niño ha estado loco de terror; me ha dicho Teresa que ha experimentado crisis nerviosas, que gracias a los cuidados de usted han podido vencerse.

DARBE. He hecho todo cuanto he podido.

S.ª NERV. Ya sé que ha pasado usted casi toda la noche a su cabecera y estoy agradecida.

DARBE. Era mi deber.

S.ª NERV. Para volver a Magdalena a la vida ha intentado usted también lo imposible. Por desgracia todo ha sido inútil.

DARBE. La muerte se remontaba a más de siete horas.

S.ª NERV. Me han dicho que su opinión es que ha sido una aneurisma.

DARBE. Lo presumo. Como siempre sucede en tales casos, el médico forense ha exigido que la inhumación se haga hoy mismo. He llenado todas las formalidades, por encontrarme solo, entre los criados asustados.

S.ª NERV. ¡Cuando pienso que mi pobre Jorge ignorará a estas horas la terrible desgracia...!

DARBE. Herzelius telegrafió al Havre. Pero el barco había ya levado anclas y han devuelto el despacho.

S.ª NERV. Y el desgraciado estará ahora haciendo proyectos y concibiendo planes para enriquecerse y devolver su posición brillante a la que hoy descansa en un ataúd,

DARBE. *(Mirando a la cortina con temor.)* ¡Señora Eugenia, la hora avanza! La triste ceremonia va a comenzar dentro de poco. Nuestro puesto no está aquí.

S.ª NERV. No son aún más que las tres; además, si he insistido tanto, es porque tengo que hacer a usted una confesión, señor Darbel.

DARBE. ¿Una confesión...?

S.ª NERV. Sí; yo soy provinciana, aldeana mejor dicho, y mis ideas son reducidas como el horizonte de mi aldea. Soy recelosa y desconfiada y he tenido un mal pensamiento respecto de usted.

DARBE. ¿De mí? ¿Qué dice usted?

S.ª NERV. Sí; anteayer cuando acepté para durante la ausencia de mi hijo, el vivir en su casa con Bernardo y su madre, obedecí a esa idea... Se lo confieso avergonzada... Creí ver entre usted y la pobre Magdalena una simpatía excesiva... He dudado de usted y he dudado de ella. El cielo me ha castigado y ahora vengo a pedirle a usted perdón, ya que a ella no se lo podré pedir nunca.

DARBE. Tranquilícese usted, señora... Yo no tengo por qué perdonarla.

S.ª NERV. Está bien... ¡Me siento aliviada después de habérselo confesado! Dios hará que tenga fuerzas para educar a mi nietecillo. ¡Pobrecito! ¡Qué pena tiene!

DARBE. A su edad, las impresiones se borran pronto.

S.ª NERV. Se da cuenta de todo. ¡Hace un momento se echaba en mis brazos sollozando sin consuelo, y no sólo quiere

acompañar a su madre hasta la iglesia, sino al cementerio!

DARBE. Pues creo que no debe ir. Va a caer enfermo.

S.ª NERV. Trate usted de convencerle, pero creo que será inútil. Después de todo, si se obstina, será preciso acceder para evitarle una crisis nerviosa... Esta noche me le llevaré a Monfort...

DARBE. ¿Se lo lleva usted a vivir consigo?

S.ª NERV. Nadie podría cuidarlo como yo. Ahora vámonos. Ya es tiempo.

DARBE. Es que yo hubiera deseado terminar...

S.ª NERV. Su presencia de usted es indispensable. Yo no conozco a nadie y además el niño podría tener otro accidente.

DARBE. Sea... Ya la sigo, señora. Vamos. *(Echa una mirada rápida a la cortina y sale detrás de la señora Nerville cerrando la puerta por fuera.)*

ESCENA III

MAGDALENA, sola

(La escena queda vacía. Un silencio profundo en medio del cual se escucha el tintineo de las campanas de Nuestra Señora de Loreto tocando a muerto. A poco cesan. La cortina se mueve y aparece Magdalena en el corredor.)

MAGDA. ¿Qué hora será...? Ya es pleno día. Habrá venido a abrir Teresa y me habré vuelto a dormir. Me siento aún cansada

y experimento una gran torpeza en los brazos y en las piernas. ¡Pero... no estoy en mi casa...! ¿Por qué me he puesto esta bata para dormir? No reconozco nada a mi alrededor. *(Llamando.)* ¡Teresa! ¡Teresa! Nadie responde. *(Se levanta.)* ¡Pero esto es imposible...! Yo estoy soñando aún... *(Va a la ventana y mira.)* No obstante, esta es la calle de Omal, con las casas que estoy habituada a ver enfrente de la mía. ¿Cuál es este cuarto extraño que yo no conozco? Yo quiero que me lo expliquen... *(Va hacia la puerta y procura en vano abrir.)* La puerta está cerrada con llave. Estoy prisionera. *(Se oyen de nuevo las campanas. Se dirige a la ventana.)* Las campanas. Sí, son las campanas de Nuestra Señora de Loreto. ¡Gente en la calle...! Es para un entierro. El coche fúnebre, los del duelo y acompañantes... ¿Quién podrá ser...? Y lo más extraño es que entre tanta gente, casi todos son conocidos míos... Herzelius..., mi primo Choverón..., la señora de Bizé. Todos amigos y parientes nuestros. ¿Quién habrá muerto? El entierro está ante nuestra puerta..., es sin duda alguna uno de los nuestros... ¡Mi marido tal vez...! Sí; habrá sido víctima de algún accidente y por eso me lo ocultan. ¡Han querido evitarme un golpe tan cruel...! Ahora comprendo. ¡Dios mío, me han encerrado...! *(Descorre la cortina.)* Estoy en casa de Darbel. *(Vuelve a la ventana.)* No me engañé. Allí está mi hijo, mi querido Bernardito... De luto

y llorando al lado de su abuela... ¡Pobre Jorge mío...! ¡Cuántas flores! ¡Cuántas coronas! Pero... ¿qué es aquella inscripción que hay en una de ellas...? «¡A mi madre!» ¿Qué significa esto? Si no es Jorge... entonces... ¿quién es...? ¡Yo voy a volverme loca! «A mi madre...» Yo quiero saber..., gritaré..., llamaré... *(Va a abrir la ventana. Darbelles entra y la detiene.)*

ESCENA IV

DARBELLES y MAGDALENA

DARBE. Deténgase usted.

MAGDA. ¿Es usted? Al fin voy a saber todo lo que pasa... ¿Para quién son esas preces que hacen llorar a mi hijo y a los míos? *(Darbelles toma de encima de su mesa una esquela y se la da.)* «La señora Magdalena Rivesaltes de Nervil ha fallecido.» ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Esa gente cree que es a mí a quien entierran!

DARBE. Sí. Para todo el mundo usted es la que reposa en esa caja que van a llevarse.

MAGDA. Pero eso es una mentira impía y atroz. ¿Por qué deja usted que se cometa esa espantosa falsedad cuando con una palabra puede usted deshacerla?

DARBE. Porque es preciso, Magdalena.

MAGDA. ¿No comprendo el por qué ha de ser preciso que esa multitud se figure que

me acompaña al cementerio? No puede haber ni sombra de razón para dejar que siga ese engaño, y si persiste usted en guardar silencio, antes que el entierro se ponga en marcha, saldré y hablaré yo misma.

DARBE. No, Magdalena: usted no hablará.

MAGDA. ¿Va usted a impedírmelo violentamente?

DARBE. ¡Ya sabe usted cuánto la amo!

MAGDA. ¡Desgraciado! ¿Se atreve usted a hablarme de su amor en estos momentos?

DARBE. Es preciso, porque ese amor es el que me ha hecho proceder así.

MAGDA. *(Estupefacta.)* ¿De modo que es usted el autor de esta siniestra mixtificación?

DARBE. Sí, Magdalena.

MAGDA. ¡No comprendo ni su intención ni sus designios, pero ante todo es preciso que haga usted cesar esa espantosa escena! Quiero que se suspendan esos aprestos fúnebres. Quiero que todos los que me creen muerta, sepan la verdad.

DARBE. Pídame usted lo que quiera, menos eso.

MAGDA. *(Dirigiéndose hacia la puerta.)* Abra usted esa puerta. Se lo exigo... ¡Lo quiero! Yo le disculparé... Yo diré...

DARBE. ¿Y qué podrá usted decir?

MAGDA. *(Deteniéndose.)* No lo sé, pero se rendirán a la evidencia al verme y al encontrar la caja vacía.

DARBE. No: encontrarán el cadáver de una mujer.

MAGDA. ¡Qué ha hecho usted, desgraciado!

DARBE. ¡El cadáver de una mujer tan parecida a usted como una hermana gemela! Es el de Cleopatra, una hija natural del padre de usted.

MAGDA. ¿Ha matado usted a esa mujer?

DARBE. Magdalena, no soy un asesino... Es una pobre muchacha minada por una enfermedad y que ha venido a morir en mis brazos, cuando desesperado por la resolución de usted, iba a salir de su casa.

MAGDA. Eso es imposible.

DARBE. Y sin embargo, es así. Se lo juro a usted por el amor que le profeso.

MAGDA. ¿Y con qué objeto ha cometido usted el crimen tan espantoso de sustituirme por esa mujer?

DARBE. ¡Con el fin de que fuese usted mía para siempre! En adelante, nuestros destinos estarán unidos... ¡Usted me amenazaba con abandonarme y yo al verme solo y desesperado, no he querido dejar que se separase usted de mí! Ahora partiremos muy lejos, donde nadie nos conocerá y donde no podrán sospechar quién es usted, puesto que ni siquiera llevará usted su nombre.

MAGDA. ¿Y cuál tomaría, si compartiera esa demencia?

DARBE. El de Cleopatra. El de la mujer que ha ido con el de usted al sepulcro... Era sola en el mundo... Además, ese nombre nadie se lo preguntará, puesto que casándonos llevará usted el mío como escudo.

MAGDA. Al despertar hace unos instantes, Raimundo, me preguntaba si estaba loca: ahora no puedo dudar que es usted el que ha perdido la conciencia del bien y del mal. Es imposible que yo me asocie a esa violación de todos los deberes hu-

manos que la sociedad reprueba, y que la ley castiga severamente.

DARBE. La ley no puede nada contra mí, porque se ignorará siempre lo sucedido.

MAGDA. Se ignoraría si yo me convirtiese en cómplice de usted, pero debe usted comprender que no será así.

DARBE. Pues es preciso que sea, Magdalena. La cadena entre nosotros está tendida y nadie la romperá; ni usted misma.

MAGDA. ¿Y mi hijo?

DARBE. ¡Su hijo de usted!

MAGDA. Estaba evitando mezclar su nombre en esta odiosa discusión, pero me ha obligado usted a hacerlo para probarle que su causa está completamente perdida. No; no quiero que más tarde mi hijo pueda decirme si le tiendo los brazos: «Se equivoca usted, señora; yo no la conozco. ¡Mi madre murió!» Esa es mi verdadera salvaguardia. Puede usted hablar cuanto quiera... Todos sus argumentos serán inútiles y gracias a él nada tengo que temer.

DARBE. Ya sabía yo que ese era para usted el verdadero, el único sacrificio. Su hijo. Pero aun renunciando a vivir junto a él, siendo mi ahijado podrá usted seguir su vida paso a paso, viéndole crecer y llegar a hombre.

MAGDA. ¡Eso no es ya locura, es monstruosidad sin ejemplo!

DARBE. *(Con profunda resolución.)* Magdalena, yo he perdido una vez su cariño, que es la felicidad. Gracias a la complicidad de la suerte, se me presenta ahora la

ocasión de volver a encontrarlo... Es preciso que sea usted mía y mía para siempre... No he premeditado mi acción... He seguido un impulso irresistible... y usted se inclinará ante el poder al cual he obedecido.

MAGDA. No..., jamás. ¡Es imposible!

DARBE. *(Con infinita ternura.)* ¡Magdalena! Usted no sabe aún lo que es amar. Es la única ventura que hace soportable la vida... No rechace usted una muerte que nos dará la vida a los dos.

MAGDA. No puedo escucharle a usted, Raimundo. Y ya que sigue usted obstinado en su resolución, yo le salvaré, aunque no quiera. *(Se oyen las campanas.)*

DARBE. Es demasiado tarde... El cortejo ha partido. En este momento entra en la iglesia.

MAGDA. Aún llegaré a tiempo para detener esa odiosa profanación. He dudado demasiado. Es preciso que termine la desesperación de mi pobre hijo. Es preciso que seque sus lágrimas a besos, gritándole: «¡Hijo mío, tu madre está aquí!» *(Da un paso hacia la puerta.)*

DARBE. *(Deteniéndola por un brazo y con una voz profunda.)* Magdalena, es preciso que no ignore usted lo que va a realizar... He firmado en el Registro oficial la declaración de su muerte. Yo soy quien todo lo ha arreglado y ordenado. Si usted me denuncia, me será imposible escapar al rigor de la ley. He cometido una falsedad y estoy seguro de ser condenado a presidio.

MAGDA. No: la justicia tendrá clemencia para

con usted. Yo misma la pediré en la causa... o mejor aún... huya usted; confiese por escrito la maquinación. Yo le daré tiempo para que se ponga al abrigo de toda pesquisa.

DARBE. Y entonces la habré perdido a usted para siempre, ahora que ya era usted mía. No, no. Es imposible. Si su piedad de usted me perdona, yo no puedo perdonarme.

MAGDA. ¡Raimundo!

DARBE. *(Con serenidad resignada.)* Haga usted lo que quiera. No se preocupe más de mí. Me declaro vencido... Tiene usted razón. Soy un miserable, un criminal indigno de sus lágrimas y de su compasión. ¡Usted es la virtud, el deber y la verdad! Salga usted de aquí y procediendo conforme a su conciencia honrada, repare usted el mal que yo hice... Pero no vuelva usted a trasponer los umbrales de esa puerta, pues no quiero que esos ojos adorados lloren sobre mi cuerpo, ni una sola lágrima.

MAGDA. ¡Pero, Dios mío! ¿Piensa usted matarse? ¡Matarse!

DARBE. *(Con infinita dulzura.)* Usted me ha probado que es el solo refugio que me resta... Perdóneme usted, amiga mía, por mis palabras infames y por mis acusaciones injustas... Perdóneme sobre todo, por haberla amado hasta la locura... Ya no es preciso que me quiera usted... Yo mismo sabré castigarme, arrancándome la vida. *(Se dirige al interior.)*

MAGDA. *(Deteniéndole con grito de angustia.)* ¡Ah! ¿Morir usted, Raimundo...? ¿Morir y por mí? ¡Ah! Esto es demasiado. ¡No puedo, Dios mío! ¡No quiero! ¡No quiero, porque te amo con todo mi corazón! *(Cae en sus brazos.)*

(TELON RAPIDO)

ACTO CUARTO

CUADRO 5.º

VERANO DE 1926

Los años pasan

Del 3.º al 4.º acto, han transcurrido 18 años

Salón elegante en casa del Dr. Darbelles, en Versalles. Puerta primer término derecha que conduce al despacho. Otra en segundo término derecha, que conduce a un salón. Otra en la segunda izquierda, y otra en la primera izquierda que da al jardín. En el fondo, puerta y galería de cristales, tras los que se ve el jardín. Una mesa a la izquierda con libros y un sofá a la derecha.

ESCENA PRIMERA

JULIAN y DARBELLES junto a la mesa

JULIAN Anales de la medicina moderna. Tomos diez y ocho, diez y nueve.

DARBE. Y veinte, mi querido Julián. He aquí algunos huéspedes a los que habrá que dar asilo.

JULIAN ¿Todavía, maestro? Ya Alicia se lamenta de que los libros invaden hasta el salón de su madre.

DARBE. Mi hija es una impertinente. Y usted toma su partido, contra mí... Hay que esperar, amigo mío... Dentro de algunos meses el matrimonio le concederá a usted ese derecho.

JULIAN ¡Ah, señor! Ante el exceso de sus bondades, séame permitida una objeción. Mi situación humilde. No hace más que dos años que soy su practicante.

DARBE. Tiempo más que suficiente para apreciar lo que usted vale. Será usted un médico distinguido. Su última cura ha sido notabilísima.

JULIAN ¿La del señor Bonfuá?

DARBE. Extraño personaje. He recibido una respetuosa carta, anunciándome su visita.

JULIAN Es natural su reconocimiento. Los consejos de usted han determinado su curación.

DARBE. Desgraciadamente no hemos sino suspendido el peligro. Esas congestiones son preludios de parálisis generales inevitables.

JULIAN Parece que se fugó su notario con toda su fortuna. Ese terrible golpe quebrantó tanto su estado moral, como su estado físico.

DARBE. Decididamente me interesa ese hombre.

JULIAN Hoy también recibirá usted la visita de mi padre.

DARBE. Tendré sumo gusto en ello y en presentarlo a mi hija... en atención de que pronto lo será suya.

JULIAN ¡Y decir que durante mucho tiempo me he desesperado ante la locura de mi amor! Me imaginaba que destinaba usted a su hija Alicia a Bernardo Nervil su

ahijado. Después comprendí que se quieren como hermanos.

DARBE. Cariño natural, puesto que desde nuestro regreso a Francia hace ocho años, mi ahijado Bernardo ha vivido en mi casa, casi tanto como en la de su abuela en Monfort-l'Amory.

JULIAN Ciertamente, usted su padrino, ha reemplazado al padre que perdió y su señora le profesa un afecto verdaderamente maternal. Cuando regresó de Sen Sir, lo acogió como si fuese su propio hijo.

ESCENA II

Dichos, ALICIA y BERNARDO de uniforme del colegio militar, con galones de sargento, por el foro izquierda

BERN. Felices días, padrino *(Se abrazan.)* Conste que si estuviese usted a mis órdenes, le impondría cuarenta y ocho horas de arresto.

DARBE. ¿Por qué?

BERN. Por haber permitido salir a mi madrina, cuando el sargento Nervil no dispone más que de media hora para ella, antes de salir para Monfort-l'Amory.

ALICIA Cree que mamá sentirá el no haberte visto. Pero ha tenido que ir al Comité. Se toma muy en serio esas funciones de dama protectora de niños huérfanos.

BERN. Desde el momento que es en favor de los huérfanos... la perdono por espíritu de disciplina.

ALICIA ¿Acaso lo eres tú? Tienes abuela, padrino..., madre..., hermana... ¡Quéjate de

la falta de parientes! Buena prueba de su abundancia, es que cuando tienes dos días de vacaciones, como ahora, no puedes consagrárselos.

BERN. Mi abuela debe ser la preferida. ¡Respeto a la antigüedad!

DARBE. ¿Por qué no nos dedicas un día entero?

BERN. Lo desearía, padrino, pero es indispensable que repase mis estudios de balística... Voy a sufrir un examen para el ascenso.

ALICIA Bernardo, tú serás general.

BERN. Búrlate. Julián se encargará de vengarme. Prométeme que le darás muchos disgustos.

JULIAN Queda prometido.

ALICIA Muy bien. Pero he aquí a mamá.

ESCENA III

Dichos y MAGDALENA foro derecha y luego, JENNY

(Magdalena todavía hermosa. Un poco pálida, pero sin asomo aún de vejez.)

BERN. ¡Bravo! ¿No le decía su corazón que un valiente militar la aguardaba para darle un abrazo?

MAGDA. Por eso he apresurado mi vuelta. Y eso que hoy el Comité se ha reunido en pleno. Estaban allí la marquesa de Trevil, la condesa de Ariñé, el barón de Buasí... *(Se quita el sombrero.)*

BERN. ¡Diablo! Es aristocrático el patronato. Más de seguro no hay entre ésos, alma más noble y generosa que la de usted.

Siempre un poco triste... Sin duda está usted enferma. *(Cogiendo a Julián de una oreja.)* Escucha, buen amigo. Si en mi próxima visita encuentro aún velados los hermosos ojos de tu futura suegra...

ALICIA ¿Le formas consejo de guerra?

BERN. No... Retardo tu boda tres meses.

JULIAN ¡Diantre!

ALICIA ¿Y cómo lograrás eso?

BERN. Bien fácilmente. Me hago privar de permiso de salida un trimestre y veremos si te atreves a ir a la Alcaldía sin tu hermano. No te atreverás. Estoy tranquilo.

MAGDA. Mi querido Bernardo, tu afectuosa solicitud me conmueve hondamente. Mi mal no es grave.

BERN. Pero es preciso cuidarse. *(A Alicia.)* ¿Tienes por ahí la guía de ferrocarriles? No vaya a llegar tarde.

ALICIA *(Tomando una guía que está sobre la mesa.)* Aquí está.

JULIAN Veamos. *(Ambos la consultan.)*

DARBE. *(A Magdalena, a media voz.)* Magdalena, las indicaciones de Bernardo me inquietan. ¿Sufres?

MAGDA. No por cierto.

DARBE. Pero estás triste. ¿Acaso no eres feliz?

MAGDA. Como siempre, puesto que tu ternura es la misma. *(Aparte.)* Si él supiera...

BERN. ¿Y bien? *(A Julián.)*

JULIAN Decididamente, no veo otro tren para que llegues a tiempo a Monfort para cenar. Faltan diez minutos para la salida.

BERN. ¡Y mi abuelita que habrá dispuesto un festín para obsequiarme!

ALICIA ¡Vamos! Ya veo el por qué nos sacrificas... ¡Tragón!

BERN. Si vuelves a insultarme, desafío a tu futuro.

JENNY *(Por el foro derecha.)* Señora... Una mujer pregunta por usted.

MAGDA. ¿Dijo su nombre?

JENNY He aquí su tarjeta. Ha venido ya otras veces.

MAGDA. *(Aparte.)* «¡Florentina Pluchart!» ¡Aún esa mujer! *(Alto.)* Hágala usted entrar en mi gabinete.

JENNY Bien, señora. También el señor Bonfuá desea ver al señor.

DARBE. Dígale usted que pase. *(Sale Jenny foro derecha.)*

BERN. Adiós, Julián. Y atención a la consigna. Un abrazo, madrina.

MAGDA. *(Abrazándole.)* No dejes de venir temprano pasado mañana. *(Sale segunda derecha.)*

ALICIA En el primer tren. ¿Almorzarás con nosotros?

BERN. Convenido. Hasta la vuelta, padrino. *(Sale con Alicia segunda derecha.)*

ESCENA IV

DARBELLES, JULIAN, JENNY y CIBOULOT que entran por el foro derecha

JENNY Por aquí, señor Bonfuá.

CIBOULOT Señor Doctor, tengo el honor de saludarle profundamente agradecido a que

me sacrifique algunos instantes, robados...

DARBE. «A mis gloriosos trabajos...» Así me lo ha escrito usted, señor Bonfuá. Pero siéntese usted. ¿Cómo sigue esa salud?

CIBOULOT Físicamente, bien... gracias a usted.

DARBE. ¿El cerebro se resiste a funcionar?

CIBOULOT Nada.

DARBE. Se recobrará el tiempo perdido.

CIBOULOT Es curioso. Me parece que razono de distinto modo que antes.

DARBE. ¿Tiene usted dificultad en recordar sus ideas?

CIBOULOT No. Sino que mis ideas no parecen las mismas... Sin duda están arrinconados los antiguos pensamientos a que estaba habituado.

DARBE. ¿Pero usted los recuerda?

CIBOULOT Perfectamente... Sólo que cambian ahora, y a mi edad, rectificar los pensamientos me da algún miedo... Ver claro el error del pasado, suele ser aviso de la proximidad de la muerte.

DARBE. ¡Oh! Eso está muy lejos, señor Bonfuá.

CIBOULOT Quisiera plantear a usted una cuestión... ¿Cree usted en el alma?

DARBE. Sí.

CIBOULOT *(Aparte.)* ¡Diablo! *(Alto.)* ¿Y mi joven salvador?

JULIAN También.

CIBOULOT ¡Caramba! El caso es que de eso depende el porvenir... Cuando uno tiene algunos pecadillos en la conciencia...

DARBE. No pido a usted una confesión. Pero entiendo que todas las faltas, aun las más graves, tienen reparación.

CIBOULOT Eso es fácil de decir cuando se conoce el perjuicio causado... Pero uno comete

a veces barbaridades cuyas consecuencias ignora. ¿Y cómo se repara un mal desconocido? Usted no comprenderá esto, porque es un hombre ilustre, que sólo se ha dedicado a la ciencia. Lo que también me apena, es el no saber cómo recompensar a usted lo que por mí ha hecho.

DARBE. No hablemos de eso.

CIBOULOT Sí..., sí... Estoy contrariado por no poder prestar a usted servicio alguno. Ni siquiera pagarle sus honorarios. ¡El pillo de mi notario me dejó limpio! Y quisiera mostrar a usted mi gratitud. Veamos. ¿No tiene usted ningún reloj que arreglar? No importa el sistema... Por estropeado que esté.

JULIAN Aquí hay uno. *(Mostrándole uno Luis XIV que habrá sobre la chimenea.)*

CIBOULOT ¿Y no marcha? ¡Magnífico! Soberbia pieza... Epoca Luis catorce... Auténtico... Una maravilla de ingeniería mecánica...

DARBE. Desgraciadamente, su arreglo ha desesperado, por la complejidad de su maquinaria, a todos los especialistas de la comarca.

CIBOULOT ¡Provincianos! No resistirá a Honorato Bonfuá. Si usted me permite examinarlo...

DARBE. Con mucho gusto. Dejo a usted frente a frente con su adversario. *(Ciboulot saca una lupa que se ajusta al ojo y examina el reloj.)*

CIBOULOT Avisaré a usted cuando haya triunfado...

DARBE. *(A Julián, saliendo con él.)* Decididamente, es un hombre de bien. *(Se van primera derecha.)*

ESCENA V

CIBOULOT, después, JENNY y JAK ROQUEVAIRE por el foro derecha

CIBOULOT *(Sentándose en el foro izquierda y examinando el reloj.)* Andará como el mejor cronómetro. El mecanismo es ingenioso...

JENNY Entre usted, caballero. La señora tiene visita. Pero le pasaré su tarjeta.

JAK *(Dándole una.)* Hela aquí. «Conde Gaetano Scarpi». *(Movimiento de Ciboulot al oirlo.)* Dígale usted que vengo en nombre de una amiga suya. La señorita Florentina Pluchard, que ya le habrá anunciado mi visita.

JENNY Justamente la señora está con ella.

JAK Entonces aun mejor. *(Jenny sale segunda derecha. Al nombre de Gaetano Scarpi, Ciboulot ha levantado vivamente la cabeza. Después vuelve a su trabajo fingiendo absorberse en él, pero sin perder de vista a Jak Roquevaire.)* Florentina sigue viniendo por su cuenta a explotar el filón. Pobre Cleopatra. Ella que se creería olvidada. *(Se sienta cómodamente a la derecha.)* Florentina no me ha engañado. La casa..., los criados..., los muebles... Todo es de gran tono... La bella Cleopatra ha hecho su fortuna... y la mía. *(Ciboulot hace sonar el timbre del reloj. Jak le apercibe.)* ¿Quién está ahí? ¡Ah! ¡El relojero!

CIBOULOT ¿Has almorzado, Jacot?

JAK ¡Cibuló!

CIBOULOT Buenos días, querido ex socio. Ahora eres conde ¿eh? Ya me contarás los méritos por los que has entrado en la aristocracia.

JAK ¿Y cómo tú aquí?

CIBOULOT Seguramente no vine a lo que tú. Tú no sabes componer relojes...

JAK ¡Ah, mi buen Cibuló! ¡Cuánto placer en verte!

CIBOULOT ¡Mucho! ¡Por esto has estado diez y ocho años sin decir esta boca es mía!

JAK Verás... He viajado mucho.

CIBOULOT ¿Por países donde no había correo...? En fin... Más vale que hayas prosperado... ¡El buen Roquever!

JAK ¡Chist...! ¡Silencio...!

CIBOULOT ¡Ah! ¡Bien! Por mí... ¿Y cómo van tus negocios?

JAK Mal... Ya te contaré... He probado todos los medios..., últimamente fuí banquero.

CIBOULOT ¿Tú?

JAK Sí... Banquero de ruleta en Caracas... Pero hablemos de ti... Será ilusión, pero te encuentro cambiado.

CIBOULOT Y lo estoy en efecto. *(Suspira.)*

JAK Pero debes ser rico. Un Creso.

CIBOULOT ¿Un Creso? ¡Una rata! ¡Completamente arruinado!

JAK ¿Es posible?

CIBOULOT ¡Mi notario huyó llevándose hasta las telarañas de la caja!

JAK ¿Qué tal? El afán burgués del ahorro. ¡Cuando pienso que también a mí me querías hacer cliente de tu notario!

CIBOULOT Sí... Después del negocio Nervil.

JAK Más bajo. Habla con sordina. ¡A propósito! ¿Sucedió todo como suponíamos?

CIBOULOT Con la sola diferencia de que fué recogido de la vía por unos gendarmes antes de la llegada del exprés que pasó con retraso.

JAK ¡Qué informalidad de compañía! ¿Y después?

CIBOULOT Transportado a Laribuasier, ingresó en el hospital entre atontado y enloquecido, creyéndole Jak Roquever. Así dijeron los periódicos: no supe más de él.

JAK He ahí uno que aprovechó mis papeles. ¿Y Cleopatra? Convinimos en que después de mi partida, tú te encargarías de ella.

CIBOULOT Conoces mi puntualidad. Quise cumplir escrupulosamente nuestro programa. Mas al volver a la cueva, el pájaro había volado.

JAK ¡Es posible! ¿Y después? ¿Nada supiste de ella?

CIBOULOT Nada. Yo creo que murió. Pero no me explico tu presencia aquí. ¿Conoces al doctor?

JAK No. ¿Y tú?

CIBOULOT Sí. Pero es la primera vez que vengo a esta casa.

JAK A mí me trae un negocio... Un negocio soberbio, que me permitirá vivir de mis rentas, sin necesidad de fiarlas a tu notario.

CIBOULOT *(Pretendiendo sondearle.)* ¡Bravo...! ¿Y no habrá parte para mí?

JAK ¡Oh...! No estamos como en otros tiempos. Yo aproveché tus lecciones... me-

jorando los procedimientos... En cambio, tu semblante acusa una inteligencia atrofiada...

CIBOULOT En una palabra... ¿No me crees útil?

JAK No he dicho tanto... A pesar de ser Conde, no desprecio a los antiguos camaradas plebeyos.

CIBOULOT Vamos, estás dispuesto a pasarme una pensión en el hospicio, ¿eh? Una limosna para el tabaco.

JAK Tú no fumas. Mas por de pronto, lárgate con tu mecánica a otra parte. Vienen.

CIBOULOT Entonces...

JAK Hasta luego. Ya nos veremos.

CIBOULOT Ya lo creo. *(Aparte.)* No me ha pedido mis señas..., no te perderé de vista hasta que sepa las tuyas... ¡Conde de pega! *(Vase con el reloj por la segunda izquierda.)*

JAK ¡Viejo imbécil! Entretente con tu quincallería, mientras yo me hago dueño de esta casa. ¡Cleopatra!

ESCENA VI

JAK y MAGDALENA por la segunda derecha

MAGDA. ¿Es usted quien se ha hecho anunciar?

JAK Para presentar a usted mis respetos, señora... Florentina Pluchard que según me ha dicho la doncella estaba aquí hace un instante, ha debido prevenir a usted de mi visita, Cleopatra.

MAGDA. ¡Cleopatra! *(Sorprendida.)*

JAK He regresado de un largo viaje y en

buena memoria de nuestra amistad, me he apresurado a dedicarle esta visita.

MAGDA. ¡Caballero! ¿Por qué me habla usted con igual ironía que Florentina? Yo afirmo a usted, que esa mujer se equivoca... Que se equivoca usted mismo... Que me confunden ustedes con una desdichada con la que no tengo nada que ver.

JAK ¿Seremos víctimas de un parecido extraordinario? ¡Es posible, en efecto! En este caso, yo ruego a usted, señora, que me diga su verdadero nombre, y que me explique el por qué ha tolerado las exigencias de Florentina, cuando para que cesasen hubiese bastado a usted una sola palabra.

MAGDA. *(Queriendo ser audaz.)* Y bien... soy... *(Desesperada retrocede.)* ¡No puedo..., no puedo hablar...!

JAK Entonces, me permitirá usted seguir en mi apreciación de que es usted la persona que creo.

MAGDA. No tengo que darle explicaciones. Y pues persiste usted en su error, doy por terminada esta entrevista.

JAK ¡Eh! ¡Basta ya de fingimientos! Tú te pones la venda siendo nosotros los heridos. Tú eres la bella Cleopatra... Si no te es fiel tu memoria, yo te recordaré tus hazañas una a una.

MAGDA. ¡Ah! ¡Es afrentoso!

JAK ¿Por qué? Cada uno de nosotros ha seguido su destino. Debemos felicitarnos como buenos amigos. Yo a ti por verte alejada de la miseria. Has realiazdo un buen negocio. Por mí no lo perderás

ciertamente. No he de ser yo quien vaya a contar nuestros amores antiguos... *(Acercándose a ella.)* Y eso... que nunca murieron del todo en mi pecho, Cleopatra..., mi bella Cleopatra...

MAGDA. *(Rechazándole.)* ¡Oh! ¡No prosiga usted!

JAK *(Cambiando de tono.)* Pues hablemos claros. El pasado está lejos... Pero deja lazos que deben servirnos de algún modo.

MAGDA. No entiendo..., no puedo entender...

JAK Eres terca, pero nunca fuiste tonta. Vengo como amigo. Tratemos una alianza. Te conviene y me conviene. Nos espera una existencia adorable.

MAGDA. ¿Qué quiere usted decir?

JAK ¿Qué puede alegarse contra mí? ¿Mi pasado? Nadie lo conoce... Tanto se parece el Conde Scarpi al famélico cicerone Jak Roquever, que fué tu amante, como se parece la encantadora bella del Foli-Bergé, a la actual señora Darbel. Y cuando seamos de la misma familia, la suegra no tendrá nada que reprochar a su yerno.

MAGDA. ¡Ah! ¿Conque es verdad? ¡Eso habéis soñado! Desechad, miserable, toda esperanza. ¡Mi hija...! ¿Ese tesoro de pureza entregado a un aventurero... a un bandido? ¿Y usted ha tenido la audacia de creer posible esa infamia? Salga usted y guárdese de volver. Desde el momento que se trata de defender a mi hija, me siento fuerte. Si tiene usted arma alguna contra mí, esgrímala en buen hora. ¡Las desafío todas!

JAK — ¡Bien representado! ¿Pero qué harás? ¿Buscar un refugio en la muerte? Si no es así, piensa que está en mis manos deshacer tu bella existencia actual, ya que eres la más envidiada de las mujeres, siendo la más despreciable.

MAGDA. — ¡La más desgraciada solamente!

JAK — Cleopatra, ponte en razón. ¡Yo haré feliz a tu hija! Te doy veinticuatro horas para aceptar esa solución, la única lógica. La que yo exijo como pago a mi silencio. Si la rehusas, mañana por la noche estarás deshonrada, no sólo a la faz del mundo, sino también a la de tu hija... ¡Sabrá quién eres! ¡Señora... beso a usted los pies! Soy su servidor más discreto, más humilde y más respetuoso. *(Mutis foro derecha.)*

ESCENA VII

MAGDALENA, luego, DARBELLES

(Cuando ha hecho mutis Jak, Magdalena se dirige a la primera puerta de la derecha.)

MAGDA. — ¡Raimundo...! ¡Ven..., ven en seguida! *(Darbelles sale primera derecha.)*

DARBE. — ¿Qué te sucede? ¡Estás temblando!

MAGDA. — Soy la más desgraciada de las mujeres. ¡No hay ser humano que resista mi martirio! Raimundo. Nuestra falta causa mi agonía. ¡Oh! Nada te reprocho. Yo acepté mi parte en tu locura de amor, porque también locamente te amaba. Pero

ahora ya no puedo resistir más este suplicio. Hace algún tiempo vino una mujer a exigirme dinero. Es una amiga..., una rival de Cleopatra, cuyo nombre me obligaste a llevar. Ofuscada por mi parecido con aquella desdichada, pretendía reconocerla en mí... y me amenazaba con descubrirme. Por evitar un escándalo, cedí dejándome explotar. Poco a poco crecieron sus exigencias... Es insaciable... Nada te dije por no reprocharte, pero hoy, por algo más grave nuestra expiación empieza.

DARBE. ¿Pues qué ocurre?

MAGDA. Enterado por Florentina, ha venido un hombre, uno de tantos amantes de la bella Cleopatra, me ha tratado como si fuera ella y me ha exigido... ¡Oh, qué innoble, ruin y canalla...! ¡Me ha exigido en pago de su silencio, la mano de Alicia! ¡Quiere ser el esposo de nuestra hija!

DARBE. ¡Miserable! ¿Pero es posible...?

MAGDA. Sí. ¡Y si no cedemos, dentro de veinticuatro horas hará público que la actual esposa del Doctor Darbel fué la bella Cleopatra, la amante de ocasión de todo el mundo...! Quedaré deshonrada. Mi hija no encontrará marido, pues aunque Julián Fermont la amase lo suficiente para pasar por la infamia de una suegra semejante, su familia se opondría indignada, por modesta y humilde que sea su condición. ¡Raimundo, sálvame! ¡Tú eres fuerte, enérgico, resuelto! ¡Defiende a tu hija!

DARBE. Lo intentaré. Aún ese bandido no es

nuestro dueño. El señor Fermont, el padre de Julián, está en mi despacho... Desea que la boda se haga lo más discretamente posible, por ser Julián su hijo natural, y no figurar el nombre de su madre en su partida de nacimiento. Una vez casada Alicia, ese miserable tendrá que transigir. En último caso, afrontaremos juntos el peligro. Lucharemos con él... Sabremos vencerle...

MAGDA. ¡Sí! ¡Sí! Tú me prestas valor. Llama al señor Fermont y que todo quede arreglado hoy mismo.

DARBE. *(A la puerta primera de la derecha.)* Señor Fermont, ¿quiere usted pasar a este salón?

ESCENA VIII

Los mismos y VICTOR FERMONT

FERMONT Con mucho gusto.

DARBE. Tengo el honor de presentar a usted a mi esposa, a quien he dicho lo mucho que usted vale.

FERMONT Agradezco sus elogios. He tenido mis debilidades como todo el mundo. De joven, no fuí un santo, pero una vez padre, procuré enmendar mi pasado para labrar a mi hijo un honrado porvenir.

MAGDA. Julián paga ese cariño: es un buen hijo y será buen esposo de mi hija.

FERMONT *(Viendo bien a Magdalena.)* ¡Ah! ¡Señora... es un honor...! *(Aparte.)* ¡Pero será posible! No me atrevo a creer...

MAGDA. Mi hija ama a Julián... Voy a llamarla.

FERMONT No. Deténgase usted. *(Muy turbado.)* Siento verdaderamente...

MAGDA. ¿Qué le sucede?

FERMONT No hay duda. ¡Es usted, es usted!

DARBE. No entiendo...

FERMONT Señora, ¿cómo ha podido usted concebir tal proyecto...? El nombre de Julián Fermont debiera haberla prevenido...

MAGDA. ¿Qué dice usted?

FERMONT ¡Si se hubiera usted informado, sabría toda la verdad y no hubiese fomentado las esperanzas de una unión imposible y no tendría que reprocharse el haber destrozado dos corazones inocentes!

DARBE. ¡Señor Fermont...!

FERMONT Dispense usted, pero de lo ocurrido no soy yo el responsable. Unicamente lo es esta mujer. La bella Cleopatra.

MAGDA. ¡Oh! ¡Dios mío!

FERMONT ¡Comprenderá usted que el matrimonio sería un crimen! Puesto que Julián y Alicia son hijos de usted. ¡Ah, señora! ¡Me ha causado un gran dolor! No merecía yo este segundo golpe.

MAGDA. Pero ¿qué es esto, Dios mío? ¡Alicia, hija mía! *(Cae en el sillón de la izquierda.)*

FERMONT ¡Julián! ¡Julián!

ESCENA IX

Dichos y JULIAN entrando seguido de ALICIA, por la segunda derecha. Después CIBOULOT por la segunda izquierda

JULIAN — ¿Me llamaba usted, padre?

FERMONT — Sí... Salgamos de esta casa.

JULIAN — Señora Darbel... ¡Desmayada...! *(Acudiendo a ella.)*

ALICIA — ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Qué tienes...? ¡Vuelve en ti...! *(De rodillas ante su madre.)*

FERMONT — ¡Pobres muchachos! ¡Ellos son sus víctimas!

DARBE. — ¡Un cordial! ¡Pronto, Julián!

CIBOULOT — *(Entrando por segunda derecha con el reloj compuesto.)* Ya marcha... ¿Eh? ¿Qué es esto?

JULIAN — ¡La señora Darbel! Un desmayo... *(Sale por la segunda derecha.)*

CIBOULOT — ¡La señora Darbel! *(Acercándose y reconociéndola. Aparte.)* ¡Cleopatra! ¡Es Cleopatra...! ¡Ahora sí que comprendo el plan de Jak Roquever!

(TELON)

ACTO QUINTO

CUADRO 6.º

El reconocimiento

Telón corto que representa la entrada de planta baja en casa de la Sra. Nerville en Monfort. Ventana a la izquierda que da al jardín en la parte que tiene la verja que conduce a la calle. Puerta en el fondo que conduce al jardín. A la derecha puerta que conduce al interior de la casa. Un canapé a la derecha y una mesa y taburetes a la izquierda.

ESCENA PRIMERA

Sra. NERVILLE y ROBICHE sargento de gendarmes. Los dos en el jardín mirando a la izquierda

ROBICHE — Vea usted, vecina, el arco de flores y follaje está listo. He procurado lucirme en atención a ser hoy su cumpleaños.

S.ª NERV. — Gracias, Robich. ¡Es precioso!

ROBICHE — *(Entran.)* Deseo, sobre todo, que sea del agrado de su nieto de usted. Mi mujer me lo ha encargado. «Sobre todo, que le guste al señorito».

S.ª NERV. — Es una buena mujer... tu mujer. ¿Y te quiere mucho?

ROBICHE — Tiene un cariño loco por los animales. No hay gato, ni perro perdidos, que ella

no adopte. Tenemos veintiuno en casa. Es inútil que le advierta que los gendarmes no podemos amparar a los vagabundos... A ella nada la detiene... Fué institutriz en París, y adquirió una sensibilidad exquisita, propia de un alma elevada.

ESCENA II

Dichos y EMILIANA, foro izquierda con una fuente en la mano

EMIL. He hecho una crema, que el señorito Bernardo se chupará los dedos.

S.ª NERV. Es aficionado a las golosinas.

ROBICHE ¡Y tú, mujercita mía, eres tan dulce... que todo sale de tus manos azucarado...! *(Va a abrazarla; ella le da un manotázo.)*

EMIL. Sea usted correcto, señor Robich. ¿Olvida usted que somos gendarmes?

ROBICHE Tienes razón. La severidad de la Ordenanza... Y bien, señora Nervil...

S.ª NERV. Estoy impaciente aguardando a mi nieto.

EMIL. Si él está aquí esta noche, quedo relevada de leerle el periódico.

S.ª NERV. Gracias... Sólo ruego a usted que cuide del café.

EMIL. Con mucho gusto.

S.ª NERV. ¡Ah! La fiesta no será completa. El sitio de su padre continuará vacante este año.

EMIL. ¿Pero aún espera usted a su hijo?

S.ª NERV. Siempre. El volverá. Lo prometió al partir y cumplirá su promesa.

EMIL. Así sea... Pero es hora ya, Robich, de que vayas a la gendarmería.

ROBICHE ¡A la orden! *(Saluda militarmente.)*

S.ª NERV. Mil gracias a los dos por sus atenciones.

EMIL. No merece la pena. Robich, las señoras pasan delante.

ROBICHE *(Llevándola del talle.)* ¡Oh, no! ¡Los gendarmes estamos acostumbrados a caminar por parejas! *(Salen foro derecha.)*

ESCENA III

Sra. NERVILLE. Luego, JORGE NERVILLE

S.ª NERV. Ya es tiempo de ir preparando la cena. Bernardo no puede tardar. *(Campanilla en la verja.)* ¿Han llamado? *(Va a la ventana.)* Adelante. ¿Será Bernardo? No veo bien, pero la verja debe estar abierta. Siempre de buen humor.

NERVILLE *(Entrando por el foro izquierda.)* Señora...

S.ª NERV. ¡Ah, no es él! ¿Qué se le ofrece a usted?

NERVILLE Le suplico que me deje usted descansar un instante.

S.ª NERV. ¿Está usted fatigado? Bien, bien; puede usted descansar y reponerse. Voy a servirle una copa de coñac.

NERVILLE No, gracias. *(La coge ambas manos.)*

S.ª NERV. ¡Qué hace usted!

NERVILLE ¡Ah! ¿No me reconoces? *(Pausa. Ella le mira atentamente. Al talento de los actores.)*

S.ª NERV. ¡Tú!? ¡Tú, Jorge!?

NERVILLE ¡Sí, madre mía!

S.ª NERV. ¡Ah, hijo! ¡Pobre hijo de mi alma! *(Se abrazan sollozando.)* ¡Qué hermosa

fiesta me depara el cielo! Bien decía yo hace un instante que al fin vendrías... ¡Que no te habías olvidado de mí!

NERVILLE ¡Nunca, madre mía! ¿Y mi mujer?

S.ª NERV. ¡Pobre Jorge!

NERVILLE Es que acaso...

S.ª NERV. Sí; murió la misma noche que te separaste de nosotros. ¡Fué del corazón!

NERVILLE Tal vez la impresión que le produciría mi inesperada partida. ¡Pobre Magdalena! ¿Y mi hijo, mi Bernardo?

S.ª NERV. Gracias a Dios, ya es todo un hombre.

NERVILLE Vosotros seréis mi único consuelo.

S.ª NERV. ¡Cuánto habrás padecido, Jorge!

NERVILLE Mucho, madre mía. ¡Bastará sólo con decirte que estoy despojado hasta de mi personalidad y que me creen un presidiario evadido!

S.ª NERV. ¡Qué dices!

NERVILLE Ya conocerás todos mis sufrimientos.

S.ª NERV. ¡Ten ánimo, Jorge! Lo importante es que regresas, que vuelves a tu casa. Todo está como lo dejaste en ella. Ocuparás las habitaciones que fueron de tu padre. Las tuyas, son hoy las de Bernardo. ¡Cuánto habrás padecido, Jorge!

NERVILLE ¡Mucho! Ya conocerás todas mis penalidades... Haz provisión de valor para cuando te las cuente.

S.ª NERV. ¡Lo importante es que regresas, que vuelves a tu casa...!

NERVILLE ¡Mi Bernardo! ¡Háblame de él!

S.ª NERV. ¡Es un buen mozo! Está en Sen-Sir. Verás su retrato en mi gabinete.

NERVILLE ¡Debe estar muy gallardo de uniforme!

S.ª NERV. Pronto le verás... viene a cenar conmigo.

NERVILLE Madre mía, no le digas quién soy.

S.ª NERV. ¿Por qué?

NERVILLE Porque hasta que recobre mi personalidad, no puedo presentarme como padre de un futuro oficial del ejército.

S.ª NERV. ¡Probaremos la verdad! ¡Sabremos defenderte!

NERVILLE ¿No me habrá reconocido nadie al entrar en esta casa?

S.ª NERV. Puesto que yo misma dudé, ¿quién puede haberte adivinado?

NERVILLE ¡Ah! ¡Cuánto deseo ser un hombre libre como los demás de abrazar a sus hijos! *(Campanilla verja.)*

BERN. *(Dentro.)* Abuelita, abuelita...

S.ª NERV. ¡El! ¡Es él!

NERVILLE ¡Mucho temo que me venderá la emoción!

ESCENA IV

NERVILLE, Sra. NERVILLE y BERNARDO por el foro izquierda

S.ª NERV. ¿Eres tú, Bernardo? Ya creí que no venías.

BERN. Buenas tardes, abuelita. ¡Ah!

S.ª NERV. Tenemos un invitado. Un antiguo amigo y vecino que partió del país hace mucho tiempo y hoy ha regresado: el señor Didier.

BERN. Celebro conocerle. *(Tiende la mano a Nerville, al que vende la emoción.)* Pero, ¿qué tiene usted?

NERVILLE Es que... he conocido a su padre de usted y no he podido menos de sentirme emocionado.

BERN. ¿Ha conocido usted a mi padre? Hábleme de él. ¿Dónde le conoció?

NERVILLE En un viaje. *(La Sr. Nerville sale por la derecha.)*

S.ª NERV. Voy por vasos.

BERN. ¿En un viaje? ¿Por dónde?

NERVILLE Por... el Havre.

BERN. ¿Y qué hacía?

NERVILLE Comerciaba.

BERN. ¿Por qué no escribía?

NERVILLE No lo sé... Yo le dejé en Río Janeiro.

BERN. Es inexplicable y doloroso su silencio.

NERVILLE Tendrá razones..., motivos.

BERN. No comprendo ninguno.

NERVILLE Espere usted. Un día u otro regresará.

BERN. ¡Después de tantos años! ¡Acaso haya muerto!

NERVILLE ¡Ah! ¡Eso no! Tenga usted confianza.

BERN. Esa es la creencia de mi pobre abuela, y la verdad, yo también siento algo que me dice dentro del alma que no ha muerto.

S.ª NERV. *(Apareciendo con vasos y una botella.)* Aquí están los vasos: señor Didier, pruebe usted este vinillo de Burdeos.

BERN. Es el de las grandes ocasiones. Es preciso que mi abuela estime a usted de veras para que le sacrifique una de sus viejas botellas.

S.ª NERV. Fueron un regalo de mi hijo..., un obsequio de Jorge... ¡Aún volverá a tiempo para probarlo!

BERN. ¡Reavivemos nuestras esperanzas! ¡A su salud, señor Didier! *(Beben.)*

S.ª NERV. ¡A la salud de mi Jorge!

NERVILLE A la de ustedes.

BERN. ¡Su mano tiembla, señor Didier!

NERVILLE ¡Es que no he disfrutado mayor placer hace diez y ocho años!

BERN. Ese es justamente el tiempo que está ausente mi padre. En su ausencia le ha suplido cariñosamente mi padrino.

NERVILLE ¡El Dr. Darbel!

BERN. ¿Le conoce usted también?

NERVILLE Sí..., por su padre de usted.

BERN. Vive en Versalles. Es un gran corazón y una inteligencia clara, lo cual no nos impide disputar de vez en cuando; gracias a que la señora Darbel me defiende siempre a mí.

NERVILLE Siendo él el marido...

BERN. Es una adorable mujer y su hija promete ser tan encantadora como su madre.

NERVILLE Parece que profesa usted gran simpatía a esas señoras.

S.ª NERV. Quizás demasiada.

BERN. Sería un ingrato, abuelita, si no las amase. Son buenas para mí. Favorecen mi carrera... Ahora conspiran para verme pronto ascendido a oficial.

S.ª NERV. No más que yo.

BERN. Tienen otras influencias... Pronto me verás con mi nuevo grado. ¡Ya no seré un colegial, sino un hombre! ¡Contribuiré a la defensa de mi patria! Tengo verdadera vocación por la carrera militar. Mi corazón es de soldado.

NERVILLE ¡Ah! ¡Muy bien, muy bien, Bernardo! *(Visiblemente emocionado, se enjuga los ojos.)*

BERN. ¿Llora usted? ¿Llora usted? Creo adivinar... *(Se levanta y sale por la derecha.)*

NERVILLE ¿Dónde va? *(Levantándose.)*

S.ª NERV. No lo sé... *(Bernardo vuelve con un retrato con marco en la mano.)* ¡Tu retrato! *(Bajo a Nerville.)*

BERN. Aguarde usted... Aguarde usted...

S.ª NERV. Pero, hijo mío...

BERN. ¡Ah! Su emoción le ha traicionado a usted. ¡Un indiferente no lloraría escuchándome!

NERVILLE ¡Oh! Sí..., no puedo más...

BERN. ¡Padre, padre mío! *(Se abrazan.)*

S.ª NERV. ¡Ya ves como yo tenía razón! ¡Ha vuelto!

BERN. Sí..., sí... Pero, ¿por qué te recatabas de mí?

NERVILLE ¡Pobre hijo mío...! ¡Tú no sabes quién soy... ni de dónde vengo...!

BERN. ¡Habla! Cuéntamelo todo.

NERVILLE ¡Soy un presidiario evadido!

BERN. ¿Tú...? ¿Tú, padre mío...?

NERVILLE Oid. Cuando dejé nuestra casa para ir a rehacer mi fortuna, hube de visitar otra donde creía cumplir un deber. Dos hombres me asaltaron, intentando asesinarme. Herido en la cabeza, fuí descubierto por unos gendarmes en *la vía* del ferrocarril, donde me habían dejado moribundo para que el paso de un tren rematase su obra. Como por efecto de mi herida desvariaba, fuí conducido al hospital y luego a un manicomio.

S.ª NERV. ¡Qué horror!

NERVILLE Allí he pasado diez y ocho años mortales, entre atontado y enloquecido, con la memoria perdida y sin darme cuenta de nada. En los últimos años, poco a poco fuí recobrando mis facultades. Cuando recientemente me encontré res-

tablecido por completo, supe con estupor que los bandidos no solamente me habían robado mi dinero, sino también mi posición y mi nombre... Se llevaron mis papeles dejándome los suyos y mientras viajaba uno de ellos como Jorge Nervil, yo no era más que el asesino Jak Roquever, presidiario fugado.

BERN. Padre mío, proclamaremos tu verdadero nombre.

S.ª NERV. ¡Encontraremos testigos que acrediten la verdad!

NERVILLE El que me suplantó, partió a América con mis documentos. El cónsul de Francia en Vancuber, declaró que había visto e interrogado a Jorge Nervil. Ante los ojos de los magistrados, eso hacía mi rehabilitación imposible. Me condenaron como si hubiese sido Roquever, debiendo ser conducido al presidio en cuanto volviera a la razón.

S.ª NERV. ¡Ah, pobre hijo mío!

NERVILLE Al recobrar mis facultades, ignoraba lo que había sido de vosotros en tantos años, y por otra parte, no tuve valor para intentar el que os llegaran noticias mías, pues quería evitaros el rudo golpe de verme recluído en un manicomio. Preferí esperar una ocasión para fugarme. No tardó en presentarse y quise aprovecharla, pues comprendí que de un momento a otro, me conducirían a los presidios coloniales.

BERN. ¡Padre mío, serás vengado!

S.ª NERV. Los jueces habrán de reconocer tu inocencia.

BERN. Mi padrino tiene amistades influyentes.

Tomará tu defensa con verdadero ahinco.

S.ª NERV. ¡Ve a verle, Jorge, y ábrele tu corazón!

NERVILLE Seguiré tu consejo. Pero antes iremos a París. Quiero arrodillarme ante el sepulcro de tu madre, ¡mi amada Magdalena! Después consultaremos con Darbel la manera de restablecer la verdad.

EMIL. *(Foro derecha.)* Señora Nervil.

S.ª NERV. *(Va a la puerta.)* ¿Quién es?

ROBICHE La gendarmería.

S.ª NERV. *(Saliendo al jardín .)* Allá voy. *(Sale por el foro derecha.)*

NERVILLE ¡La gendarmería! ¡Ah! ¡Me persigue! ¡Han encontrado mi rastro! *(A media voz.)*

BERN. No, es un vecino. Un buen hombre, Robich. Le conozco, padre. Nada hay que temer.

ESCENA V

Dichos, Sra. NERVILLE, ROBICHE y EMILIANA

S.ª NERV. Adelante. Pasen ustedes.

EMIL. Buenas noches, Bernardo.

ROBICHE A la orden, mi subteniente.

BERN. ¡Querido Robich...! Señora Robich, siempre bella y agradable.

EMIL. Ah, dispénsennos si tienen visita.

S.ª NERV. Es uno de mis antiguos amigos que ha regresado de un largo viaje... El señor Didier..., los señores Robich, mis vecinos...

ROBICHE *(Tendiendo la mano a Nerville.)* Sus servidores... Los amigos de nuestros amigos...

EMIL. Robich. ¡Haz presente tu comisión al señorito Bernardo!

ROBICHE Cierto. Pues es el caso, que en el hotel del Gran Ciervo, he tropezado cara a cara con un sujeto que preguntaba a la patrona por la señora Nervil, diciendo que tenía que hablar a su nieto de un negocio grave.

BERN. ¿A mí? ¿Ha dicho su nombre?

ROBICHE Sí. El señor Honorato Bonfuá.

BERN. No le conozco.

S.ª NERV. ¿Dice que es cosa grave? ¡Recíbele, hijo mío!

BERN. ¿A estas horas...? ¿Aquí...?

S.ª NERV. ¡Qué importa!

ROBICHE Nos ha seguido y está en mi casa.

S.ª NERV. Llámele usted, vecino.

ROBICHE A escape. *(Va a la puerta y haciendo señas con las manos hacia la derecha, dice.)* ¡Eh, señor Bonfuá, por aquí!

S.ª NERV. En tanto, ustedes probarán este vinillo en el comedor. Venga usted también, señor Didier.

NERVILLE Sí, vamos. *(Salen por la derecha.)*

ESCENA VI

Dichos y CIBOULOT por el foro derecha

ROBICHE Pase usted, señor Bonfuá.

CIBOULOT Gracias. *(Aparte.)* He aquí que los gendarmes me sirven de cicerones. Cómo cambian los tiempos.

ROBICHE A sus órdenes. *(Saluda y sale por la derecha.)*

ESCENA VII

BERNARDO y CIBOULOT

CIBOULOT ¿Es al señor Bernardo Nervil a quien tengo el honor de hablar?

BERN. Soy el que usted busca, caballero. Se me ha dicho que un asunto grave...

CIBOULOT ¡Urgentísimo! Veinticuatro horas perdidas, podrían traer consecuencias irreparables.

BERN. ¿De qué se trata?

CIBOULOT Usted profesa cariño y admiración al Dr. Darbel..., a su esposa y a su hija la señorita Alicia.

BERN. ¿Se trata de ellos? Hable usted. Me han servido de padres. Alicia es para mí una hermana. ¡Deseo ocasión de probarles cuán de veras les amo!

CIBOULOT La ocasión ha llegado quizás. ¡Bello entusiasmo de la juventud! En cuanto a mí, después de una existencia un poco anormal, cedí bruscamente a la solicitud de la gratitud. Yo la siento enorme por su amigo de usted, por su camarada Julián Fermont.

BERN. ¿Por Julián?

CIBOULOT El me ha salvado la vida. Una peligrosa enfermedad. Ella es la causa de todo... ¡Maldita enfermedad! Me sujetó a un lecho frente al que había en el muro un crucifijo. ¡Oh...! Aquel hombre ensangrentado, con los brazos extendidos... Siempre mirándome..., día y noche... De

noche sobre todo. ¡En fin, que yo no sé qué miedo se me metió en el corazón e hizo revolucionar mi conciencia...! Desde entonces reconocí que tenía una deuda con Julián, y quiero pagársela ahora que se presenta la ocasión.

BERN. Hable usted.

CIBOULOT Se ha propuesto deshacer su boda con la señorita Alicia un hombre. El Conde Gaetano Scarpi, que no es Scarpi, ni Gaetano, ni Conde; sino un antiguo penado cuyo verdadero nombre es Jak Roquever.

BERN. ¿Roquever? Pero ese nombre lo lleva otra persona. Un inocente que hace diez y ocho años arrastra la suerte de ese miserable bandido.

CIBOULOT ¡Cómo! ¿Usted sabe...? *(Estupefacto.)*

BERN. Ese inocente desdichado, es mi padre... ¡Padre! ¡Padre! *(Llamando.)*

CIBOULOT *(Aparte.)* ¿Quién le habrá dicho...?

ESCENA VIII

Dichos, NERVILLE y Sra. NERVILLE

NERVILLE ¿Llamabas?

BERN. ¡Padre...! Mire usted a ese hombre.

NERVILLE ¡Ah! ¡El de hace diez y ocho años! ¡El cómplice de Roquever!

S.ª NERV. ¿Eh?

CIBOULOT ¡Señor Nervil!

NERVILLE Sí, madre... ¡El que intentó asesinarme!

S.ª NERV. ¡Oh! ¡Miserable!

BERN. ¡Padre! ¡Hagámosle detener!

CIBOULOT Un momento. Un momento, joven. Lo

que dice su padre de usted es la verdad... Yo no he sido un santo... ¡Pero aquel Cristo..! En fin..., reconozco mis errores y me ofrezco a remediar el daño causado.

NERVILLE ¿Y el suplicio de mi vida durante estos diez y ocho años?

CIBOULOT Sí, es triste..., pero ha pasado ya. Usted puede entregarme a los gendarmes. No me queda mucho tiempo que sufrir. El Dr. Darbel se lo dirá a usted... Estoy condenado a la parálisis y a la muerte... Créame usted... Perdone y...

NERVILLE ¿Creer y perdonar a un bandido como tú?

S.ª NERV. Después de todo, este hombre parece sinceramente arrepentido. ¡Su confesión ha sido espontánea...!

CIBOULOT ¡Perfectamente! He aquí una mujer que discurre con lógica. Me castigarán mis remordimientos. Siga usted, señor Nervil, la inspiración de su madre y... así verá que para defender a las gentes honradas de los canallas, somos más útiles los que conocemos sus negocios. Cazaremos a Roquever.

NERVILLE Pues bien, sea. No perdamos tiempo.

BERN. Sí, vamos.

NERVILLE ¡Adiós, madre mía!

S.ª NERV. ¡Guardaos de ese malvado!

NERVILLE Nada temas. Ahora seguidme y por el camino trazaremos nuestro plan de justicia. *(Salen por el foro izquierda.)*

(TELON)

CUADRO 7.º

La misma decoración del cuadro 5.º

ESCENA PRIMERA

ALICIA, MAGDALENA y JULIAN

(Magdalena sentada en el sofá cerca de su hija que apoya la cabeza en el hombro de su madre y llora.)

MAGDA. No llores, hija mía. Tus lágrimas me hacen sufrir mucho.

ALICIA Pero ¿cómo te explicas, madre mía, el cambio brusco del señor Fermont? Ayer parecía satisfecho por la boda de Julián conmigo y hoy declara que ese matrimonio es absolutamente imposible.

MAGDA. ¿Que le ha dicho a usted, Julián?

JULIAN Nada decisivo. Sus palabras son vagas. Pero él me dará una explicación categórica. Esta noche se la exigiré.

MAGDA. Darbel está ahora en casa de su padre de usted. ¡Espero que esa entrevista aclarará todas las dudas y colmará los deseos de vuestra ternura, hijos míos!

ESCEAN II

Dichos y BERNARDO, foro segunda derecha

BERN. *(Radiante.)* ¿Se puede? Por fin estoy aquí.

ALICIA ¡Bernardo! *(Sonriéndole.)* ¿Por qué no viniste anoche?

BERN. Por causa de un amigo que me acompaña y que quiero presentar a usted y a mi padrino.

MAGDA. Mi marido está ausente, pero no tardará en volver.

BERN. Y usted podrá atendernos en tanto... *(Se oye una bocina.)*

MAGDA. Desde luego.

BERN. Gracias. *(Sale por la segunda derecha.)*

MAGDA. Alicia, ya está aquí la señora de Turiñes. Viene por ti para dar un paseo en auto...

ALICIA Mamá, no estoy para diversiones.

MAGDA. Al contrario. Un poco de distracción te hará bien... A tu vuelta encontrarás una buena noticia. ¡Te lo aseguro...!

ALICIA Desde el momento que tú me lo prometes...

JULIAN Sí, Alicia. Ten confianza en nosotros. *(Salen los tres por el foro derecha.)*

ESCENA III

BERNARDO, NERVILLE y CIBOULOT, por la segunda derecha

BERN. ¡Entren ustedes...! La esposa de mi padrino vendrá en seguida.

CIBOULOT Entonces les aguardaré en el jardín. *(Sale por el foro izquierda.)*

NERVILLE Oye, Bernardo: ¿sabes tú a quién representa aquel retrato del salón?

BERN. Ya lo creo. Es la señora Darbel.

NERVILLE ¿La señora Darbel?

BERN. Ven. *(Salen a la galería.)* Si quieres confrontar el retrato con el original, mira. Ahora dice adiós a su hija tras

la verja del jardín. Voy a su encuentro. *(Sale por el foro derecha.)*

NERVILLE ¡La señora Darbel! Parece un sueño..., un parecido tan grande entre dos mujeres. Y puesto que Magdalena ha muerto..., esta es Cleopatra... ¡Ah! Con el alma celebro la regeneración de aquella pobre niña... Y esa regeneración es completa, puesto que ha llegado a ser la esposa de Darbel... *(Queda a la izquierda.)*

BERN. *(Volviendo y quedando en el centro.)* ¡Padre mío...! Ya viene la señora... Puedes hablarle con lealtad. Es un buen consejo; ella ha alentado alguna vez mis esperanzas por tu regreso.

NERVILLE Y tu padrino ¿tardará mucho?

BERN. No... Yo le veré antes que tú y le explicaré lo convenido con el señor Bonfuá...

NERVILLE Sí..., es lo mejor.

ESCENA IV

Dichos y MAGDALENA

(Magdalena sale por el foro derecha. Quedan colocados de derecha e izquierda, Magdalena, Bernardo y Nerville.)

MAGDA. Y bien, Bernardo. ¿Tu amigo...?

BERN. Aquí está. Pero no es solamente un amigo..., es...

MAGDA. *(Viendo a Nerville.)* ¡Nervil! ¡Nervil...!

BERN. ¿Usted le ha reconocido? ¡Sí! ¡Es mi padre! ¡Tiene de usted noticias excelentes! Le he dicho que la madre que perdí, ha sido por usted substituída.

MAGDA. ¿Le has dicho eso?

BERN. Y otras muchas cosas... ¡Ea! Hagan ustedes conocimiento... Nos quedaremos aquí a comer... Voy al encuentro de mi padrino y luego a reunirme con Julián. *(Sale por el foro derecha.)*

ESCENA V

MAGDALENA y NERVILLE

MAGDA. *(En cuanto sale Bernardo se arroja a los pies de Nerville.)* ¡Perdón! ¡Jorge, perdón!

NERVILLE Levántese usted, señora.

MAGDA. No, soy una miserable. Es una audacia inconcebible que me atreva a esperar piedad.

NERVILLE ¡Pobre Cleopatra...! ¡Usted hizo cuanto pudo por salvarme...! ¡Ha cambiado usted muy poco...! Sólo su rostro ha adquirido alguna gravedad, y se parece siempre a Magdalena.

MAGDA. ¿Me parezco a...?

NERVILLE Sí, Darbel puede afirmarlo... Es usted el retrato de mi esposa..., de mi querida Magdalena... Por eso quise proteger a usted... ¡Amaba tanto a la otra, a la que descansa para siempre bajo la losa de un sepulcro...!

ESCENA VI

Los mismos y DARBELLES, por el foro derecha

DARBE. ¡Es verdad! ¡Nervil vive! ¡Vive! *(Inmóvil en la puerta.)*

NERVILLE Sí, mi querido Raimundo... ¿Pero no

se apresura usted a estrechar mi mano? ¿Tan cambiado está su mejor amigo, que ya no le reconoce? Cleopatra tiene mejor memoria que usted.

DARBE. *(A Magdalena.)* ¿Qué dice?

MAGDA. ¡No...! ¡La verdad! ¡Cleopatra es la muerta...!

NERVILLE *(Dulce.)* Ya lo sé. No queda más que la señora Darbel... *(A Raimundo.)* ¡Le dió usted su nombre para que fuese completa la redención de esta pobre mujer! ¡Lo merece! Es buena. Tuve razón cuando creí en ella.

MAGDA. ¡Oh! No puedo más...

DARBE. *(Bajo a ella.)* Silencio por algunas horas en nombre de nuestra hija...

NERVILLE ¿Qué tiene Cleopatra? ¿Mi presencia parece sobresaltarla?

DARBE. Es muy impresionable. Una crisis nerviosa pasajera.

NERVILLE Debí prevenir mi llegada. Pero mi impaciencia por rogarles un favor...

DARBE. Mándeme cuanto quiera, Nervil.

NERVILLE Ya hablaremos. Lo esencial es que Cleopatra se tranquilice. Excúsenme el haber sido causa de esa emoción. Y ahora voy a reunirme con el señor Bonfuá. Volveré dentro de un instante. *(Sale por el foro izquierda.)*

ESCENA VII

MAGDALENA, DARBELLES y luego JENNY por el foro derecha con una tarjeta en una bandejita

MAGDA. ¿Has entendido...? Me toma por Cleopatra...

DARBEI Está en la convicción, como todo el

mundo, de que su mujer murió hace diez y ocho años.

MAGDA. Pero nosotros no podemos continuar sosteniendo ese funesto error. No podemos seguir traicionando, cuando viene a nosotros confiando en nuestra amistad... ¡Sería una infamia!

DARBE. Pienso como tú, Magdalena. No hay aquí más que un culpable que responderá de su falta. Yo no sería digno de tu amor, Magdalena, si no hubiera previsto que este caso podía llegar...

MAGDA. ¡Muramos juntos, Raimundo!

DARBE. ¿Tú, por qué? Fuiste víctima de la locura de mi pasión. Yo no cometeré un segundo crimen más abominable que el primero. Espera. El error de Nervil por doloroso que sea, nos concede algún respiro que debemos aprovechar para que nuestra pena no impida la dicha de dos inocentes.

MAGDA. ¡Oh! ¡Sí! Tienes razón. ¿Viste al señor Fermont?

DARBE Sí Es un alma leal. Le he confiado nuestro secreto.

MAGDA. ¿Y él? ¿El?

DARBE. Ha sufrido y es por lo tanto generoso con los que padecen. Consiente en el matrimonio de Julián y Alicia.

MAGDA. ¡Ah! Ellos al menos serán dichosos.

JENNY Señora.

MAGDA. ¿Qué ocurre, Jenny?

JENNY El caballero que vino ayer.

MAGDA. El Conde Gaetano Scarpi. Es puntual.

DARBE. Hazle entrar. *(Sale Jenny.)* Mantengámonos fuertes contra la amenaza de escándalo de ese hombre... Llega tarde.

ESCENA VIII

Los mismos y JAK ROQUEVAIRE

(Quedan colocados de derecha e izquierda, Cleopatra, Darbelles y Roquevaire.)

JAK. — Señora, saludo respetuoso... Señor Doctor... La presencia de usted es un buen augurio para mis pretensiones. Su esposa le habrá comunicado a usted...

DARBE. — Ni la madre de Alicia, ni yo, concedemos a usted el ser esposo de nuestra hija.

JAK. — Verdaderamente será preciso explicar el motivo de esa negativa. Sin duda su señora no ha dicho a usted todos los serios motivos que tiene para no rechazar mi alianza.

DARBE. — Toda la insistencia de usted es inútil. Mi hija está prometida a un hombre que ama.

JAK. — Una sola pregunta. ¿Ese hombre es el señor Julián Fermont?

DARBE. — ¡Sí!

JAK. — ¿Y el padre de ese joven, Víctor Fermont, acepta ese matrimonio?

MAGDA. — ¡Sí!

JAK. — Entonces, señora, reciba usted mis excusas... Usted no es, en efecto, la amiga de Florentina y mi antigua amante. En fin. No es usted la bella Cleopatra.

MAGDA. — No entiendo.

JAK. — En mis viajes conocí a un francés llamado Jorge Nervil, que emigró para rehacer su fortuna... Yo vi entre sus ma-

nos un retrato de su mujer parecidísima a otra. A la bella Cleopatra.

DARBE. ¿Qué tiene que ver el señor Fermont en todo eso?

JAK Un poco de paciencia. La bella Cleopatra concedió sus favores a Víctor Fermont... De su intimidad nació un niño... Julián... Así es que si el señor Fermont consiente en que Julián se case con Alicia, es porque usted no es Cleopatra, puesto que si lo fuera, ese enlace sería la monstruosidad de casar a dos hermanos.

MAGDA. *(Bajo a Darbelles.)* ¡Lo sabe todo!

JAK No siendo Cleopatra, ¿cómo puede ser usted la señora de Nervil que reposa en el cementerio hace diez y ocho años? ¿Por qué ha tomado usted ese nombre de Cleopatra? ¿Quién en realidad, duerme el eterno sueño en el panteón de los Nervil? Me parece, Doctor, que hay materia sobrada para elegir un yerno que no tenga grandes deseos de entrar en explicaciones con los tribunales de justicia.

DARBE. Pues a pesar de todo eso, mantenemos nuestra negativa.

JAK ¡Señora! Haga usted entrar en razón a su marido. Es un proceso escandaloso el que voy a hacer comenzar. ¡Probaré que el Dr. Darbel es un miserable falsario!

DARBE. ¡Ah, canalla! *(Magdalena le contiene.)* ¡Y no tengo el derecho de matarle!

JAK Mañana, Bernardo Nervil, su hijo de usted, sabrá que la mujer de su padrino es en realidad su madre, su madre adúl-

tera que vive hace diez y ocho años con el amante de quien lleva el nombre.

MAGDA. (*Con acento desgarrador.*) ¡Mi hijo...! ¡Mi Bernardo...!

JAK ¿Ha pensado usted, doctor, el efecto que hará en el mundo entero esa historia...? Decid adiós a toda esperanza... a toda gloria. El ilustre Comendador de la Legión de Honor, sabio médico y ciudadano insigne, no será más que un presidiario. (*Entra Nerville.*)

NERVILLE (*Por la segunda derecha.*) Esa cuenta me encargo yo de liquidarla contigo.

ESCENA IX

Dichos, NERVILLE y al final CIBOULOT, BERNARDO y JULIAN

JAK (*Estupefacto.*) ¡Nervil!

NERVILLE ¡Me has reconocido! Entonces comprenderás que han llegado a su término tus robos, tus asesinatos, tus crímenes todos. Que vas a volver al presidio. Por ti he pasado diez y ocho años interminables de reclusión, despojado de mi personalidad y llevando tu nombre de forzado evadido.

MAGDA. ¡Diez y ocho años!

DARBE. ¿Usted?

MAGDA. ¿Eso es posible?

JAK (*Con rabia.*) ¡Y bien... sí! Soy Jak Roquever, el presidiario evadido, y puesto que mi incógnito se descubre, devuelvo mi corona de Conde... Pero los hombres no vuelven a presidio cuando conocen

ciertos secretos... ¡Señor Darbel, mi libertad y cien mil francos contra mi silencio!

NERVILLE Tus amenazas no asustan a nadie.

JAK ¿Lo cree usted así? La señora, no obstante, tiembla. ¿Usted no sabe nada del crimen de estas gentes? Pues salgamos y a cambio de mi libertad se lo contaré todo.

NERVILLE ¡No, miserable! Tu hora ha llegado. Sólo saldrás de aquí entregado a la policía. *(Va al foro para impedirle la salida.)*

JAK ¿Y quién es el encargado de detenerme? Saldré y mira cómo. *(Saca un cuchillo y se dirije a Nerville. Todo simultáneo y muy rápido.)*

MAGDA. ¡Jorge!

DARBE. *(Interponiéndose rápidamente y quitando el cuchillo a Jak.)* ¡A él no! *(Se siente herido en la mano y deja caer el cuchillo.)*

MAGDA. ¡Raimundo! *(Le lleva y le hace sentar a la derecha. Jak intenta recoger el cuchillo.)*

NERVILLE *(Impidiéndoselo y cogiendo el cuchillo.)* ¡Miserable!

JAK ¡Ah, por aquí! *(Sale por la primera izquierda.)*

ESCENA X

Dichos y CIBOULOT y luego BERNARDO y JULIAN

CIBOULOT *(Apareciendo por el foro izquierda con un revólver en la mano y dirigiéndose precipitadamente a la primera izquierda.)*

¡Señor Conde! ¡Señor Conde, con su permiso! ¡Toma! *(Ya en el dintel de la primera izquierda, dispara contra Jak, desaparece por dicha puerta y se oye otro disparo.)*

BERN. *(Por la primera derecha.)* ¡Padrino!

JULIAN *(Por la primera derecha.)* ¿Qué ocurre? *(Le examina la herida, va a un mueble, saca un frasco, algodón y una venda, le practica la cura y le venda la mano.)*

MAGDA. ¡Raimundo!

DARBE. No se alarmen ustedes, la herida no es grave.

NERVILLE ¡Oh, Darbel! Herido por salvarme.

ESCENA XI

Dichos y CIBOULOT por la primera izquierda con el revólver en la mano

CIBOULOT Señor Nervil, requies cat. No hablará más.

NERVILLE ¿Corrió usted peligro?

CIBOULOT Ninguno. Estos relojes de repetición no fallan nunca.

NERVILLE Señor Bonfuá, gracias a usted mi hijo podrá llevar mi nombre sin rubor.

CIBOULOT ¿Entonces el pasado?

NERVILLE Queda en el olvido como un mal sueño.

CIBOULOT ¡Oh, gracias, gracias! Qué suerte tuve en no mataros. Voy en busca de la policía.

DARBE. Id con él, que mientras hablaré con Nervil, y gracias por vuestros cuidados.

CIBOULOT *(Mirando a la primera izquierda.)* ¡Cuando yo le decía que pusiera tierra de por medio!

BERN. Señor Bonfuá...
JULIAN Cuando quiera.
CIBOULOT Vamos. ¡Bien hago en cultivar la buena sociedad! *(Salen foro derecha.)*

ESCENA ULTIMA

DARBELLES, MAGDALENA y NERVILLE, por este orden, de derecha a izquierda del actor

DARBE. Nervil, por las palabras de ese miserable habrá usted adivinado toda la verdad.
NERVILLE Sí. Vi entrar a ese canalla y lo he oído todo.
DARBE. Nervil, sólo puedo decirle que Magdalena no es culpable. No es mi cómplice, sino mi víctima. No sea, pues, usted implacable con ella y sí conmigo.
NERVILLE No, Darbel. Usted ha expuesto su vida por mí y a Magdalena debo disculparla, porque yo cometí la primera falta al obligarla a casarse conmigo por gratitud y sin darme cuenta de que no me amaba. Además, no quiero manchar el honor militar de mi hijo, ni quiero causar la afrenta de vuestra inocente hija. Para mí ha muerto Magdalena y sólo existe la bella Cleopatra.
DARBE. Nervil, no podemos aceptar ese perdón. Saldré nuevamente para el Indostán y esta vez para no volver.
MAGDA. *(Aparte.)* ¡Dios mío! *(A Jorge.)* Jorge, ¿y Bernardo no sabrá nunca que soy su madre?
NERVILLE Esto no es posible, porque está usted

obligada a guardar el nombre que ha tomado. Pero Bernardo sin darse cuenta seguirá amando a la mujer de su padrino como a su propia madre.

MAGDA. ¡Ah, Jorge, Jorge! *(Con gratitud.)*

NERVILLE Magdalena, me alejo para siempre de tu lado y quiera Dios que el amor de tus hijos deslice cuando menos algún bienestar en los días de vida que te restan, ya que fuiste tan desdichada como la otra, la que un tiempo se llamó... «La bella Cleopatra».

(TELON)

FIN DE LA OBRA